

EXHORTACION APOSTOLICA "MENTI NOSTRÆ"(*)

(23-IX-1950)

SOBRE EL FOMENTO DE LA SANTIDAD DE LA VIDA SACERDOTAL

PIO PP. XII

Venerables Hermanos y Amados Hijos: Salud y bendición apostólica:

INTRODUCCIÓN

1. Motivos de la "Exhortación" y grandeza del sacerdocio

AAS 1. **El encargo de Jesús y Pedro motiva la exhortación.** A Nuestra mente
 42 llegan sin cesar los ecos de aquella voz
 657 del divino Redentor, que dijo a PEDRO: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?... Apacienta mis ovejas*⁽¹⁾; y también aquellas otras del mismo Príncipe de los Apóstoles, que exhorta así a los Obispos y sacerdotes de su tiempo: *Apacentad el rebaño de Dios que os ha sido confiado... sirviendo de ejemplo al rebaño*⁽²⁾.

2. Principal necesidad de nuestro tiempo: elevar al sacerdote. Al meditar atentamente tales palabras, consideramos como principal oficio de Nuestro Supremo Ministerio hacer todo lo posible para que resulte cada vez más eficaz el celo con que los sagrados Pasto-

res y los sacerdotes se esfuerzan en guiar al pueblo cristiano para que evite los males, supere las dificultades y consiga la santidad, efectivamente es necesario esto de manera especial en nuestros tiempos, cuando las gentes y los pueblos, a consecuencia de la reciente contienda tan cruel, no solo están atormentados por graves dificultades, sino que, además, sufren gravísima perturbación de espíritu, mientras los enemigos del nombre católico, envalentonados por las circunstancias que atraviesa la sociedad civil, procuran con odio satánico e insidias sagaces apartar a los hombres de Dios y de su Cristo.

2. Solicitud paternal y gratitud del Papa

3. Paternal solicitud del Papa por los sacerdotes. La necesidad, que todas las almas buenas advierten, de una restauración cristiana, Nos obliga a volver muy particularmente Nuestro

(*) A. A. S., 42 (1950) 657-702. Como el clero, así el pueblo; un clero renovado renovará la faz espiritual de la tierra. Por ello el Papa en el apogeo de su ministerio ha dedicado uno de los más bellos y selectos documentos a los sacerdotes: *Menti Nostræ*.

No fue la primera vez que los Sumos Pontífices se dirigían de una manera especial al clero. Pío XII recuerda los documentos de sus Predecesores, de Pío X y Pío XI. La presente exhortación presupone también la lectura y estudio de las dos Encíclicas en que Pío XII mismo ha hablado principalmente del sacerdocio católico: *Mystici Corporis* y *Mediator Dei*. "*Menti Nostræ*" se presenta como digno remate del Año Santo, el año del "*Gran Retorno y del gran perdón*", cuyo fin primario fue, según las palabras del Sumo Pontífice: "la santificación de las almas mediante la oración y la penitencia" (Autógrafo de Pío XII del 12 de julio de 1948). Esta santificación, sin embargo, no puede realizarse en la práctica sin la intervención intensa de sacerdotes santos; ellos son, según frase de Pío XII "el único medio para asegurar la renovación de los pueblos en el espíritu de Jesucristo". De ahí la presente "*Exhortación Apostólica*".

En las primeras dos partes de *Menti Nostræ* trata Pío XII de la santidad de vida y del sagrado ministerio de los sacerdotes; en la tercera y cuarta partes dilucida los complejos problemas que vive hoy día el clero frente a la sociedad moderna, poniéndolo en guardia contra el ansia de novedades, pero advirtiéndole también que estaba lejos de su mente "el pensar que las tareas apostólicas no se hubieran de acomodar a nuestro tiempo, y que las nuevas obras de apostolado no debieran responder a las necesidades presentes".

La traducción es, con ligeras variantes, la oficiosa de la Poliglota Vaticana. El esquema es de responsabilidad de la segunda edición (P. H.).

(1) Véase Juan 21, 15-17.

(2) I Pedro 5, 2-3.

pensamiento y Nuestro afecto a los Sacerdotes de todo el mundo, porque sabemos la actividad humilde, vigilante y fervorosa de quienes, viviendo entre el pueblo, conocen sus enfermedades, penas y angustias, corporales y espirituales, pueden renovar según los preceptos evangélicos, las costumbres del mundo y consolidar firmemente en la tierra el Reino de JESUCRISTO, *Reino de justicia, de amor y de paz*⁽³⁾.

4. Sólo la santidad de los sacerdotes dará los frutos apetecidos. Pero es imposible que el ministerio sacerdotal obtenga plenamente frutos que respondan por completo a las necesidades de nuestro tiempo, si los sacerdotes no brillan con fulgor de santidad insigne ante el pueblo que los rodea, siendo dignos *ministros de Cristo, fieles dispensadores de los misterios de Dios*⁽⁴⁾, eficaces *cooperadores de Dios*⁽⁵⁾ preparados para toda obra buena⁽⁶⁾.

5. Manifestación de gratitud en las Bodas de Oro sacerdotales del Papa. Así pues, juzgamos que de ningún modo podemos mostrar mejor Nuestra gratitud a todos los sacerdotes del mundo —que nos han testificado su amor ofreciendo al Señor sus oraciones en Nuestro favor en el *Quinquagésimo Aniversario* de Nuestro sacerdocio— que exhortándolos a todos paternalmente a conseguir aquella santidad sin la cual no puede ser fructífero el ministerio a ellos encomendado. Deseamos ardientemente que el mejor fruto del Año Santo —abierto con la esperanza de una renovación general de costumbres en conformidad con los preceptos evangélicos— sea el que los guías del pueblo cristiano se esfuercen, con el mayor empeño, en alcanzar las cimas de la perfección, de modo que, con tal espíritu y disposición, renueven en el

espíritu de JESUCRISTO al pueblo que les está encomendado.

6. Deber del sacerdote de tender a la perfección. Las necesidades son urgentes. Y si las hoy crecientes necesidades del pueblo cristiano exigen con mayor urgencia de los sacerdotes la interior perfección, es necesario tener en cuenta que están obligados a aspirar a ella siempre, en toda ocasión y con todas sus energías por la naturaleza misma del altísimo ministerio que les ha sido confiado.

3. La inestimable gracia del sacerdocio

7. El gran don de sacerdocio, dignidad suprema. Como enseñaron Nuestros Predecesores y particularmente Pío X⁽⁷⁾, Pío XI⁽⁸⁾ y Nos mismo expusimos en las *Encíclicas "Mystici Corporis"*⁽⁹⁾ y *"Mediator Dei"*⁽¹⁰⁾, el sacerdocio es verdaderamente el gran don del Divino Redentor, quien para perpetuar hasta el fin de los siglos la redención del género humano, consumada por El en la cruz, transmitió sus poderes a la Iglesia, haciéndola partícipe de su único y eterno sacerdocio. El Sacerdote es el *otro Cristo*, ya que está señalado con un carácter indeleble, que le hace imagen viva de nuestro Salvador; el sacerdote hace las veces de JESUCRISTO, que dijo: *Como mi Padre envió a mí así os envío Yo*⁽¹¹⁾, *quien a vosotros oye a mí me oye*⁽¹²⁾.

8. El sacerdote, mediador entre el hombre y Dios. Elevado por divina vocación a este augustísimo ministerio *ha sido propuesto en favor de los hombres, en todas aquellas cosas que se refieren a Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados*⁽¹³⁾. A él, por lo tanto, tiene que recurrir todo el que

(3) Prefacio de la Misa de la festividad de Cristo Rey.

(4) Véase I Cor. 4, 1.

(5) Véase I Cor. 3, 9.

(6) Véase II Tim. 3, 17.

(7) Pío X Exhortación *Haerent Animo*, 4-VIII-1903; Acta Pii X vol. IV p. 237; A. S. S. 41 (1908) 555-557; en esta Colección: Encicl. 105, págs. 814-828.

(8) Pío XI, Encíclica *Ad Catholici Sacerdotii*, 20-XII-1935; A. A. S. 28 (1936) 5-53; en esta Colección: Encicl. 166, pág. 1418-1444.

(9) Pío XII, Encíclica *Mystici Corporis*, 29-VI-1943; A. A. S. 35 (1943) 193-248; en esta Colección: Encicl. 177, pág. 1590-1622.

(10) Pío XII Encíclica *Mediator Dei et hominum*, 20-XI-1947; A. A. S. 39 (1947) 521-595; en esta Colección: Encicl. 185, 27, pág. 1719; 185, 47, pág. 1726; 185, 54, pág. 1729.

(11) Juan 20, 21.

(12) Lc. 10, 16.

(13) Hebr. 5, 1.

desea vivir la vida del divino Redentor, y recibir fuerza, aliento y alimento del espíritu; y de él debe esperar la medicina oportuna quien se esfuerce por trocar en vida santa las costumbres corrompidas. Por lo que los sacerdotes todos pueden con todo derecho aplicarse las palabras del Apóstol: *somos cooperadores de Dios*⁽¹⁴⁾.

4. La fidelidad a esa gracia

9. **Necesidad de la correspondencia.** Pero tan excelsa dignidad exige que los sacerdotes correspondan con fidelidad suma a su gravísimo oficio. Llamados a promover en la tierra la gloria de Dios y alimentar y acrecentar el Cuerpo Místico de Cristo, es absolutamente necesario que de tal manera brillen con fulgores de santidad que por todas partes difundan *el buen olor de Cristo*⁽¹⁵⁾.

10. **El deber fundamental.** Queridos hijos, el mismo día en que fuisteis elevados a la dignidad sacerdotal, el Obispo os indicó solemnemente en nombre de Dios cuál era vuestro deber fundamental: *Advertid lo que hacéis, imitad lo que tratáis; celebrando el misterio de la muerte del Señor, procurad mortificar vuestros miembros de todos los vicios y concupiscencias. Vuestra doctrina sea medicina espiritual para el pueblo de Dios; el perfume de vuestra vida sea gozo de la Iglesia de Cristo; para que con la predicación y el ejemplo edifiquéis la casa, esto es, la familia de Dios*⁽¹⁶⁾.

11. **Unión con Dios y santidad.** Vuestra vida totalmente inmune de todo pecado, más que la de los simples cristianos, esté *escondida con Cristo en Dios*⁽¹⁷⁾. Adornados así con la eximia virtud que vuestra dignidad exige, dedicaos a completar la obra redentora a la cual habéis sido destinados por la ordenación sacerdotal.

Este es el programa que libre y espontáneamente habéis elegido; *sed,*

pues, *santos porque*, como sabéis, santo es vuestro ministerio⁽¹⁸⁾.

Iª PARTE:

LA SANTIDAD EN LA VIDA SACERDOTAL

I. - INTRODUCCIÓN: LA CARIDAD VÍNCULO DE PERFECCIÓN

12. **La enseñanza del Maestro: primero la caridad.** Según las enseñanzas del Divino Maestro⁽¹⁹⁾, la perfección de la vida cristiana se funda principalmente en la *caridad para con Dios y el prójimo*, caridad que ha de ser ferviente, celosa y activa. Si tiene estas cualidades puede en verdad decirse que comprende *todas las virtudes*⁽²⁰⁾, y puede muy justamente llamarse *vínculo de la perfección*⁽²¹⁾. Por tanto, sea cual fuere el estado en que viva el hombre, es absolutamente necesario que dirija a este fin sus intenciones y sus actos.

13. **El sacerdote está llamado a la perfección.** Pero este deber obliga de manera particular al sacerdote. Porque toda acción sacerdotal, por su misma naturaleza, —puesto que precisamente para tal fin está llamado el sacerdote por divina vocación, destinado a un oficio divino y enriquecido de divinos carismas— tiende a esto; él, efectivamente, debe prestar su cooperación a JESUCRISTO, único y eterno Sacerdote; y así debe *seguir e imitar a Aquel que, durante su vida en la tierra, ninguna otra finalidad tuvo, que la de mostrar su encendidísimo amor al Padre y hacer partícipes a los hombres de los infinitos tesoros de su Corazón*.⁶⁶¹

II. - LA IMITACIÓN SACERDOTAL DE CRISTO

1. Cristo: fin y centro de la vida sacerdotal

14. **Intima unión con Jesús.** El principal móvil que debe impulsar el espíritu del sacerdote ha de tender a unirle

(14) I Cor. 3, 9.

(15) II Cor. 2, 15.

(16) Pontifical Romano en la ordenación de sacerdotes.

(17) Véase Col. 3, 3.

(18) Levit. 11, 44; 19, 2.

(19) Véase Mat. 22, 37-39.

(20) Véase I Cor. 13, 4-7.

(21) Col. 3, 14.

estrechamente con el Redentor divino, a abrazar íntegra y dócilmente los preceptos de la ley cristiana, y llevarlos a la práctica en todo momento de su vida tan diligentemente, que la fe católica sea luz de su conducta y su conducta sea, en cierto modo, un reflejo del esplendor de su fe.

15. Mirada fija en Cristo, modelo del sacerdote. El sacerdote guiado por el esplendor de esta virtud, no apartará jamás su mirada de Cristo; seguirá con toda diligencia sus preceptos, sus acciones y ejemplos; y tendrá por absolutamente cierto que no le basta con cumplir las obligaciones de los fieles, sino que debe cada día tender con nuevo ardor a aquella perfección de vida que exige su excelsa dignidad sacerdotal, como ya prescribe el *Código de Derecho Canónico: Los clérigos deben vivir interna y externamente una vida más santa que los seglares, y servirles de ejemplo en virtud y en buenas obras*⁽²²⁾.

16. Compendio de la vida de Cristo: vida cristocéntrica. La vida sacerdotal que nace de Cristo, debe en todo momento orientarse totalmente hacia El. Cristo es el Verbo de Dios que no tuvo a menos asumir la naturaleza humana, que vivió en la tierra para cumplir la voluntad de su eterno Padre, que esparció en torno a Sí el perfume de azúcnas, que vivió en la pobreza, *que pasó haciendo bien y sanando a todos*⁽²³⁾; que, en fin, se inmoló como víctima por la salvación de sus hermanos. Aquí tenéis, queridos hijos, puesto ante los ojos un compendio de su vida admirable; procurad resueltamente reproducirla en vosotros, recordando su exhortación: *os he dado ejemplo para que como Yo hice así hagáis vosotros*⁽²⁴⁾.

2. La humildad, fundamento de la perfección sacerdotal

17. Práctica de la humildad, base de la santidad. Pero la perfección cristiana comienza en la humildad:

Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón⁽²⁵⁾. Considerando detenidamente de una parte la excelsa dignidad a que por el bautismo y la ordenación sacerdotal hemos sido elevados, y reconociendo, por otra, nuestra miseria espiritual, meditemos las divinas palabras de JESUCRISTO: *Sin Mí nada podéis hacer*⁽²⁶⁾.

18. Desconfianza de sí mismo y desprendimiento. El sacerdote no confíe en sus propias fuerzas, no se complazca exageradamente en sus cualidades, no busque las alabanzas y la estima de los hombres, no aspire insaciable a puestos más elevados, sino imite a Cristo, *que vino a servir, no a que le sirviesen*⁽²⁷⁾, *niéguese a sí mismo*, según la doctrina evangélica⁽²⁸⁾, y no se apegue demasiado a las cosas de la tierra, para que pueda seguir más fácil y expeditamente a su divino Maestro. Cuanto es y cuanto tiene le ha venido de la bondad y poder de Dios; si pues quiere gloriarse recuerde las palabras del Apóstol de las gentes: *En cuanto a mí de nada me gloriaré sino de mis flaquezas*⁽²⁹⁾.

3. La obediencia, holocausto de la voluntad sacerdotal

19. Triple inmolación: a) La voluntad en la obediencia. Este espíritu de humildad, iluminado por la luz de la fe, impele al hombre a una cierta inmolación de la voluntad por medio de la obediencia. JESUCRISTO mismo ha instituido, en la sociedad por El fundada, una autoridad que perpetúa la suya; por esto, quien obedece a los superiores eclesiásticos, obedece al mismo Redentor divino.

20. b) El juicio propio: necesidad de la obediencia. En los tiempos presentes, en que el principio de la autoridad es atacado con temerario atrevimiento, es absolutamente necesario que el sacerdote, firmemente apoyado en los principios de la fe, reconozca y acate esta autoridad, no sólo como baluarte

(22) Código de Derecho Canónico, Canon 124.

(23) Act. 10, 38.

(24) Juan 13, 15.

(25) Mat. 11, 29.

(26) Juan 15, 5.

(27) Mat. 20, 28.

(28) Véase Mat. 16, 24.

(29) II Cor. 12, 5.

⁶⁶³ imprescindible del orden social y religioso, sino también como base de su propia santificación. Mientras los enemigos de Dios, con criminal astucia, se esfuerzan en incitar y fomentar las immoderadas ambiciones de algunos, para inducirlos a lanzarse contra los mandatos de la santa Madre Iglesia, Nos deseamos rendir las justas alabanzas y alentar con ánimo paternal a la nutrida falange de ministros sagrados que, por confesar abiertamente su cristiana obediencia, y por guardar incólume su fidelidad integérrima para con Cristo y la autoridad por El constituida, *han sido hallados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús*⁽³⁰⁾ y no sólo injurias, sino también persecuciones, y cárceles, y aun la muerte.

4. *El celibato y la castidad sacerdotal*

21. c) **La dedicación a las cosas de Dios y la renuncia en el celibato.** El sacerdote ejerce su ministerio propio en aquellas cosas que se refieren a la vida sobrenatural, puesto que promueve su incremento y la comunica al Cuerpo Místico de Cristo. Por lo cual debe alejarse de los negocios *proprios del mundo*, para ocuparse exclusivamente de *las cosas del Señor*⁽³¹⁾. Y precisamente porque debe vivir libre de las preocupaciones del mundo, y entregarse por entero al servicio divino, la Iglesia ha establecido la ley del celibato, a fin de que a todos sea cada vez más notorio que el sacerdote es ministro de Dios y padre de las almas. Merced a la ley del celibato el sacerdote, lejos de perder totalmente el don de la paternidad, en realidad la aumenta inmensamente, ya que no engendra hijos para esta vida terrenal y caduca, sino para la celestial y eterna.

22. **La castidad sacerdotal. 1) Excelencia de la pureza.** Cuanto más espléndidamente brilla la castidad sacerdotal, tanto más el sacerdote es juntamente con Cristo, *hostia pura, santa e inmaculada*⁽³²⁾.

(30) Act. 5, 41.

(31) I Cor. 7, 32-33.

(32) Canon del Misal Romano.

23. 2) **Medios para conservar la castidad sacerdotal.** Mas para conservar incontaminada la pureza, como tesoro de precio inestimable, es oportuno y necesario atenerse fielmente a aquella exhortación del príncipe de los Apóstoles, que diariamente repetimos en el *Oficio Divino: Sed sobrios y vigilad*⁽³³⁾. ⁶⁶⁴

24. a) **La vigilancia y la oración, custodia de la castidad.** Sí, vigilad, queridos hijos, porque a vuestra castidad se oponen tantos peligros, ya por la corrupción de las costumbres públicas, ya por los atractivos del vicio, hoy para vosotros tan frecuentes e insidiosos, ya, en fin, por la excesiva libertad de relaciones entre ambos sexos y que a veces se atreve también a introducirse en el ejercicio del ministerio sagrado. *Vigilad y orad*⁽³⁴⁾, recordad siempre que vuestras manos tocan las cosas más santas y que estáis consagrados a Dios, y a El sólo debéis servir. El mismo hábito que lleváis os amonesta en cierto modo que debéis vivir para Dios, no para el mundo. Procurad, pues, con todo empeño y fervor, confiados en la protección maternal de la Virgen Santísima ser siempre *nítidos, limpios, puros, castos, como conviene a ministros de Cristo y a dispensadores de los misterios de Dios*⁽³⁵⁾.

25. b) **Evitar las familiaridades.** A este respecto creemos oportuno exhortaros, muy particularmente, a que en la dirección de organizaciones y asociaciones femeninas os mostréis como corresponde a sacerdotes; evitad toda familiaridad; y siempre que vuestro ministerio sea necesario prestadlo como ministros sagrados. En la dirección de tales asociaciones vuestra aportación se limite a lo que requiera vuestro ministerio sacerdotal.

5. *El desprendimiento sacerdotal*

26. **El desprendimiento apostólico de los bienes terrenos.** Y no os contentéis con la renuncia a los placeres de la carne por la castidad, y con la

(33) I Pedro 5, 8.

(34) Mc. 14, 38.

(35) Pontifical Romano en la ordenación de los diáconos.

sujeción espontánea de vuestra voluntad a vuestros superiores por la obediencia, sino que apartad cada día más vuestro espíritu de las riquezas y de los bienes de la tierra. Una y otra vez os exhortamos, queridos hijos, a que no améis inmoderadamente los intereses transitorios y perecederos de este mundo; tomad como ejemplo a los varones santísimos de los tiempos pasados y presentes que obraron confiados en Dios, el cual nunca niega los auxilios necesarios, uniendo a su ardentísimo celo sacerdotal el debido desprendimiento de los bienes terrenos y una confianza ilimitada en la Providencia

⁶⁶⁵ Divina. Es necesario que los sacerdotes que no están obligados a ella por voto especial se dejen guiar también por este amor a la pobreza; amor que ha de mostrarse en el simple y moderado tenor de vida, en la casa no lujosa, y en fin ha de confirmarse con la generosa largueza para con los pobres. Absténganse, sobre todo, de dedicarse a empresas económicas, lo que los apartaría del cumplimiento de sus deberes pastorales y podría disminuir su estima ante los fieles. Siendo necesario que el sacerdote se entregue con todo empeño a la salvación de las almas, aplíquese a sí mismo aquella sentencia del Apóstol SAN PABLO: *No busco vuestros bienes, sino vosotros*⁽³⁶⁾.

6. *El sacerdote, modelo de todas las virtudes.*

27. **Reproduciendo a Cristo en todas sus virtudes.** Si tuviéramos aquí oportunidad para tratar largamente de todas las virtudes, con las cuales es preciso que el sacerdote reproduzca en sí, del mejor modo posible, el divino ejemplar que es JESUCRISTO, expondríamos muchas cosas que Nos vienen a la mente; pero hemos querido inculcaros de modo especial solamente aquellas que en nuestros tiempos parecen más necesarias. En cuanto a las demás, baste recordar este pensamiento del áureo libro de la *"Imitación de Cristo"*: *"El sacerdote debe estar adornado de todas*

las virtudes y debe dar a los demás ejemplo de vida santa. Su porte no ha de ser como el de los hombres comunes, sino como el de los ángeles en el cielo y la de los varones perfectos en la tierra⁽³⁷⁾.

III. - LA NECESIDAD DE LA GRACIA PARA LA SANTIFICACIÓN SACERDOTAL

El Sacrificio de la misa como medio de santificación

1. *Necesidad de los medios de santificación*

28. **Consideración de verdades sublimes que manifiestan la grandeza del sacerdocio y la eficacia de los auxilios de la gracia.** Nadie ignora, queridos hijos, que no es posible a ninguno de los cristianos, especialmente a los sacerdotes, imitar, en la vida cotidiana los admirables ejemplos del divino Maestro, sin la ayuda de la gracia divina y sin el uso de aquellos instrumentos de la misma gracia con que el Señor nos ha enriquecido. Auxilios tanto más necesarios cuanto más alta es la perfección que debemos alcanzar y cuanto más graves son las dificultades nacidas de nuestra naturaleza inclinada al mal. Por esta razón, juzgamos oportuno pasar a la consideración de otras verdades sublimes y consoladoras, por las cuales aparece aun más claro, cuán alta debe ser la santidad sacerdotal, y cuán eficaces son los auxilios que JESUCRISTO nos ha dado para que podamos realizar en nosotros los designios de la divina misericordia. ⁶⁶⁶

2. *Cristo, modelo del sacrificio sacerdotal*

29. **Vida de sacrificio en unión con Cristo.** Así como toda la vida de nuestro Salvador estuvo ordenada al sacrificio de sí mismo, así también la vida del sacerdote, que debe reproducir en sí la imagen de Cristo, debe hacerse con El, por El y en El un sacrificio aceptable.

(36) II Cor. 12, 14.

(37) "Imitación de Cristo" Lib. IV, c. 5, 13-14.

30. El ejemplo de Cristo en el Calvario. En verdad, el sacrificio ofrecido en el monte Calvario por el divino Salvador pendiente de la cruz, no fue sólo inmolación de su cuerpo, sino que se hizo a Sí mismo hostia expiatoria, como Cabeza del género humano; y por tanto *mientras encomienda su espíritu en manos del Padre, se encomienda a Dios, como hombre, para encomendarle a los hombres todos*⁽³⁸⁾.

3. La misa como fuente de santidad

31. El ejemplo de Jesús en la santa misa. Lo mismo sucede en el sacrificio eucarístico, que es renovación incruenta del sacrificio de la cruz: Cristo se ofrece al Eterno Padre por su gloria y por nuestra salud. Y siempre que El, Sacerdote y Víctima, obra como Cabeza de la Iglesia, ofrece e inmola, no sólo a sí mismo, sino también a todos los fieles, y en cierto modo *a todos los hombres*⁽³⁹⁾.

32. El inagotable valor del sacrificio eucarístico. Ahora bien, si esto es aplicable a todos los fieles con mayor razón a los sacerdotes, que son ministros de Cristo principalmente por la celebración del sacrificio eucarístico, y ciertamente, en el sacrificio eucarístico, cuando haciendo las veces del mismo Cristo consagran el pan y el vino, que se convierte en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los sacerdotes pueden tomar de la misma fuente de la vida sobrenatural inagotables tesoros de salud y todos aquellos auxilios que les sean necesarios, no sólo a ellos personalmente, sino también para cumplir su ministerio.

33. Conformar la vida con la dignidad y vivir la santa Misa. El sacerdote, al estar en íntimo contacto con estos misterios divinos, no puede menos que *sentir hambre y sed de justicia*⁽⁴⁰⁾, y el anhelo vehemente de conformar su vida con la excelsa dignidad de que está adornado, y de orientarla hacia el sa-

crificio de sí mismo, puesto que debe ofrecerse e inmolarse a sí mismo con Cristo. Por lo cual, es necesario que no sólo celebre la santa Misa, sino que la viva íntimamente; sólo así podrá recibir aquella fuerza sobrenatural que le transformará totalmente y le hará partícipe de la vida de sacrificio del Redentor.

4. Lucha personal del sacerdote por la santidad

34. Transformarse en víctima con Cristo. Según el Apóstol SAN PABLO, sienta como principio fundamental de la perfección cristiana este precepto: *Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo*⁽⁴¹⁾. Este mandato, si toca a todos los cristianos, toca de modo especial a los Sacerdotes. Ahora bien, revestirse de Cristo, no solamente consiste en inspirarse en su doctrina, sino más bien entrar en una vida nueva, la cual, para brillar con los resplandores del Tabor, debe, sobre todo conformarse con los dolores y angustias de nuestro Redentor paciente en el Calvario. Esto exige un trabajo largo y difícil, que ponga a nuestra alma en estado de víctima, para que participe íntimamente en el sacrificio de Cristo. Este arduo y continuo trabajo no se realiza con voluntad, ni se reduce a meros deseos y promesas, sino que debe ser un ejercicio activo e infatigable que conduzca a una viva renovación del alma; debe ser un ejercicio de piedad que dirija todo a la gloria de Dios; un ejercicio de penitencia que refrene y encauce los inmoderados movimientos del espíritu; una prontitud de caridad que inflame el alma en amor de Dios y del prójimo, y nos estimule a las obras de misericordia; en fin, una pronta y resuelta voluntad para luchar y trabajar hasta alcanzar lo más perfecto.

35. San Pedro Crisólogo recomienda inmolarse con Cristo. El sacerdote debe, pues procurar reproducir en sí lo que se realiza en el ara del sacrificio.

(38) San Atanasio, *De incarnatione*, N° 12 (Migne, P.G. 26 col. 1003 s.).

(39) Ver S. Agustín, *De Civitate Dei* lib. X, c.

6 (Migne P. L. 41, col. 284; CSEL 40 vol I, p. 456, 6 ss).

(40) Véase Mat. 5, 6.

(41) Rom. 13, 14.

668 Como JESUCRISTO se inmola a sí mismo, su ministro debe inmolarsse con El; Jesús expía los pecados de los hombres, así él, siguiendo el arduo camino de la ascética cristiana, debe llegar a la purificación de sí mismo y de los demás. Por lo que SAN PEDRO CRISÓLOGO le amonesta así: *Que seas sacrificio y sacerdote de Dios. No pierdas lo que te dio y concedió la Divina Autoridad. Revístete de la túnica de la santidad; cíñete el cingulo de castidad; sea Cristo velo de tu cabeza; la cruz esté como baluarte sobre tu frente; guarda sobre tu pecho el sacramento de la ciencia divina; quema incesantemente el perfume de la oración; empuña la espada del espíritu, haz de tu corazón un altar y así resuelto ofrece a Dios tu cuerpo como víctima... Ofrece la fe para que la perfidia sea castigada; practica el ayuno para que cese la voracidad; ofrece el sacrificio de la castidad para que muera la liviandad; haz que reine la piedad para que desaparezca la impiedad; ejercita la misericordia para que se destruya la avaricia; e inmola incesantemente la santidad para que se corrija la estulticia; así tu cuerpo será tu hostia, siempre que no sea herido por ningún dardo de pecado*⁽⁴²⁾.

5. La unión de sentimientos con Cristo

36. La muerte mística en Cristo: **Doctrina de la Encíclica "Mediator Dei"**. Queremos repetir aquí de modo especial, y con las mismas palabras, al sacerdote, lo que propusimos a la consideración de todos los fieles en la Encíclica "Mediator Dei"⁽⁴³⁾: *Es absolutamente cierto que Cristo es Sacerdote, mas no para sí, sino más bien para nosotros, presentando al Eterno Padre los votos y sentimientos religiosos en nombre de todo el género humano; es igualmente víctima, pero también para nosotros, puesto que se inmoló en lugar del hombre pecador. Ahora bien, aquel dicho del Apóstol: Tened los mismos*

sentimientos que tuvo Cristo Jesús⁽⁴⁴⁾, exige de todos los cristianos que, en cuanto sea posible a la humana naturaleza, reproduzcan en sí mismos el estado de ánimo que tenía el Divino Redentor cuando realizó el sacrificio de Sí mismo, a saber, la humilde sumisión del alma, la adoración, el honor, la alabanza y acción de gracias que ofreció a la divina Majestad; exige, además, que reproduzcan en sí, en cierto modo, la condición de víctimas, esto es, que en conformidad con los preceptos evangélicos se nieguen a sí mismos, que voluntaria y espontáneamente practiquen la penitencia, que detesten y expíen sus pecados; exige finalmente, que todos unidos a Cristo, muramos místicamente en la cruz, de modo que podamos apropiarnos lo que de sí dice SAN PABLO: *estoy clavado con Cristo en la cruz*⁽⁴⁵⁾.

669

37. **Aprovechar las riquezas de la sangre de Jesús.** Sacerdotes e hijos amadísimos, tenemos en nuestras manos un gran tesoro, una joya preciosísima: las riquezas inagotables de la sangre de Jesucristo; aprovechémosla con la mayor largueza para ser, por el sacrificio total de nosotros mismos, ofrecidos al Padre con JESUCRISTO, los verdaderos mediadores de la justicia en aquellas cosas que miran a Dios⁽⁴⁶⁾, y para merecer que nuestras oraciones sean benígnamente oídas y nos alcancen una lluvia incesante de gracias, que alegren y fecundicen a la Iglesia y a todas las almas. Sólo entonces, esto es, cuando seamos una cosa en Cristo por su inmolación y la nuestra y hayamos unido nuestra voz al coro de los que habitan en la celestial Jerusalén, "*illucanentes iungimur almae Sionis aemuli*"⁽⁴⁷⁾, sólo entonces, confortados, con la virtud de nuestro Salvador, podremos, seguros y tranquilos, desde la cima de la santidad conquistada dispensar a los hombres todos, mediante nuestro ministerio, la vida y la luz de Dios.

(42) S. Pedro Crisólogo, Sermón 108 (Migne PL 52, col. 500-501).

(43) Pío XII, Encíclica *Mediator Dei et Humani*, 20-XI-1947; A. A.S. 39 (1947) 552-553; en esta Colección Encíclica 185, 52, pág. 1728, 2ª col.

[44] Filip. 2, 5.

[45] Gálatas 2, 19.

(46) Hebr. 5, 1.

(47) Breviario Romano, Himno de la Dedicación de la Iglesia, Laudes: "En la tierra cantamos unidos con ellos, emulando a los de la excelsa Sión".

IV. - NECESIDAD DE LA ORACIÓN Y DE LA PIEDAD

1. *El Breviario como alabanza de Dios*

38. **El precepto de orar siempre.** La perfecta santidad requiere, además, una continua comunicación con Dios; ahora bien, para que este íntimo contacto del alma sacerdotal con Dios no se interrumpa con el correr de los días y las horas, la Iglesia ha seguido fielmente el precepto del Redentor Divino: *es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer*⁽⁴⁸⁾.

39. **La Obligación del oficio divino.** Y así como la Iglesia no cesa jamás de orar, así desea ardientemente que sus hijos nunca dejen la oración, repitiendo la palabra del Apóstol: *Por El ofrezcamos de continuo a Dios sacrificio de alabanza, esto es, el fruto de los labios que bendicen su nombre*⁽⁴⁹⁾. Más aún, a los sacerdotes ha encomendado el ministerio especial de consagrar a Dios, orando en nombre del pueblo, todos los momentos y todas las cosas.

40. **Oración continua del nuevo Moisés: Voz de Cristo y de la Iglesia.** Conformándose con esta obligación, el sacerdote continúa haciendo, a través de los siglos, lo que hizo Cristo, quien *habiendo ofrecido en los días de su vida mortal, oraciones y súplicas, con poderosos clamores y lágrimas, fue escuchado por su reverencia*⁽⁵⁰⁾. Estas oraciones, en cuanto hechas en nombre de Cristo, *por Jesucristo Señor Nuestro*, tienen indudablemente singularísima eficacia, ya que es nuestro Mediador ante el Padre, y a El ofrece incesantemente su satisfacción, sus méritos y el precio inestimable de su divina Sangre. Son en verdad y particularmente *la voz de Cristo, que ruega por nosotros como sacerdote nuestro; que ora en nosotros como Cabeza nuestra*⁽⁵¹⁾. Son asimismo siempre *la voz de la Iglesia,*

que expresa los votos y deseos de todos los fieles, los cuales, unidos en oración y fe con el sacerdote, ensalzan a JESUCRISTO y por El dan gracias al eterno Padre y le piden los auxilios en las vicisitudes de cada día y de cada hora. Así por los sacerdotes se reitera en cierto modo todos los días lo que MOISÉS realizó en otro tiempo, cuando en lo alto del monte, levantando los brazos al cielo, hablaba con Dios y le pedía misericordia para su pueblo, que en la hondonada del valle gemía agobiado de penalidades.

2. *El Breviario como medio de santificación*

41. **Elevación de la mente en el Oficio y digna recitación.** El *Oficio Divino* contribuye, además, muchísimo a la consecución eficaz de la santidad: porque no se trata únicamente de recitar fórmulas o de entonar cánticos armoniosamente: no se trata únicamente de observar las rúbricas o las ceremonias externas del culto divino; se trata sobre todo de levantar a Dios la mente y el corazón, para juntar nuestras alabanzas a las de los espíritus bienaventurados que las cantan eternamente⁽⁵²⁾. Por todo lo cual el *Oficio Divino*, según se advierte en su comienzo, debe recitarse *digna, atenta y devotamente*.

42. a) **Medios para obtener dichos fines: Tener las mismas intenciones de Jesús.** Es preciso, pues, que el sacerdote recite estas oraciones con la misma intención con que oraba el divino Redentor. Porque es como su propia voz, que implora del Padre clementísimo, los beneficios de la Redención por su ministro; es la voz del Señor, a la cual se unen, para dar a Dios la gloria debida, los coros de los Angeles y Santos en el cielo y la multitud de los fieles cristianos en la tierra; es la voz de nuestro abogado JESUCRISTO, por la cual se nos aplican los inmensos tesoros de sus merecimientos.

(48) Luc. 18, 1.

(49) Hebr. 13, 15.

(50) Hebr. 5, 7.

(51) San Agustín, *Enarrat. in Ps.* 85, Nº 1

(Migne P. L. 37, col. 1081).

(52) Véase Pío XII, *Encíclica Mediator Dei et Hominum*, 20-XI-1947; A. A. S. 39 (1947) 574; en esta Colección: *Encicl.* 185, 83, pág. 1741.

43. b) Meditar la Sgda. Escritura contenida en el Oficio. Meditad cuidadosa y diligentemente las provechosas verdades que el Espíritu Santo nos brinda en la Sagrada Escritura y que los escritos de los Padres y Doctores comentan. Mientras vuestros labios repiten las palabras divinas dictadas por inspiración del Espíritu Santo, cuidad de no perder nada de tan preciado tesoro; para que vuestra alma sea eco fiel de la voz de Dios, constante y cuidadosamente alejad todo aquello que la pueda distraer, y recoged vuestros pensamientos para que más fácil y fructuosamente os entreguéis a la contemplación de las verdades eternas.

44. c) Seguir el ciclo litúrgico. En Nuestra *Encíclica "Mediator Dei"* hemos explicado detenidamente por qué razón la Iglesia, a lo largo del ciclo anual litúrgico, recuerda y representa viva y ordenadamente todos los misterios de JESUCRISTO y manda celebrar también las festividades de la Virgen MARÍA y de los Santos. Estas enseñanzas que a todos los cristianos hemos propuesto como utilísimas para todos, importa que las recordéis de modo especial vosotros los sacerdotes; vosotros, a quienes por el sacrificio eucarístico y el Oficio Divino, corresponde la parte más importante en este mismo curso litúrgico.

3. Los otros ejercicios de piedad sacerdotal.

45. Otros ejercicios que la Iglesia recomienda. Para alentarnos a buscar más animosamente cada día la santidad, además de la celebración del sacrificio de la Misa y el rezo del Oficio Divino, la Iglesia nos recomienda vivamente otros ejercicios de piedad. De los cuales interesa tratar brevemente aquí y proponerlos a vuestra consideración.

46. a) La meditación y contemplación de las cosas celestiales. Nos exhorta la Iglesia, en primer lugar, a la santa meditación, que levanta la

mente al orden sobrenatural y a la contemplación de las cosas celestiales, y dirige ordenadamente nuestra alma hacia Dios, inflamándola en su amor. La meditación, además nos dispone debidamente para celebrar el sacrificio eucarístico y para dar después de él gracias al Señor; nos induce a percibir y gustar la suave belleza de la Liturgia; nos mueve, en fin, a contemplar las verdades y los admirables ejemplos y preceptos del Evangelio.

Ahora bien, es absolutamente necesario que los sacerdotes reproduzcan en sí mismos, con diligencia, estos ejemplos y virtudes del Redentor Divino.

47. b) Contemplación de los misterios de la vida del Redentor. Mas así como el alimento corporal no alimenta nuestra vida, no la sustenta, no la robustece sino cuando, digerido y asimilado, se convierte en sustancia nuestra, así el sacerdote no puede adquirir el dominio de sí mismo y de sus sentidos, ni purificar su espíritu, ni tender, como debe, a la perfección, ni, en fin, cumplir fiel, cuidadosa y provechosamente su sagrado ministerio, si no vive la vida de Cristo, meditando y contemplando los misterios del Redentor divino, modelo supremo y absoluto de perfección y fuente inagotable de santidad.

48. Obligación grave de meditar y daño grave al descuidarla. Nos juzgamos, por tanto, gravemente obligados a exhortaros de modo especial a la meditación diaria, práctica que el *Código de Derecho Canónico* propone a todos los clérigos⁽⁵³⁾. Porque así como con la meditación cotidiana se alimenta y alienta el deseo de la perfección sacerdotal, así de su abandono nace aquel tedio de las cosas espirituales, por el cual la piedad se entibia y languidece y el esfuerzo personal hacia la santidad se interrumpe o se detiene, y aun el mismo ministerio sacerdotal sufre grave menoscabo. Por lo cual, con toda razón, se debe afirmar que los frutos propios de la meditación no pueden lograrse de

(53) Véase Código de Derecho Canónico Canon, 125, 2º.

ningún otro modo, y, por tanto, su uso cotidiano por ningún otro medio puede ser sustituido.

49. e) **Oraciones varias y espíritu de oración.** Pero no se prescinda de las oraciones vocales por la contemplación y meditación de las cosas celestiales; ni se omitan las oraciones privadas, que ayudan convenientemente a la unión del alma con Dios, según la condición de cada cual. Se ha de advertir, sin embargo, que importa más la piedad y el sincero y ferviente espíritu de oración, si en algún tiempo, hoy sobre todo es necesario, cuando el llamado *naturalismo* ha invadido las mentes de los hombres, y la virtud está expuesta a todos los peligros, que en ocasiones se encuentran también en el ejercicio de los ministerios sagrados. ¿Qué otra cosa más apta para levantar vuestro pensamiento a las cosas celestiales y disponeros a vivir unidos a Dios, que la constante oración y súplica del auxilio divino?

50. d) **Confiada y filial devoción a la Virgen.** Y puesto que los sacerdotes pueden ser llamados, con título especial, hijos de la Virgen MARÍA, no podrán menos de amarla con encendísimas piedad, invocarla con ánimo confiado e implorar frecuentemente su auxilio poderoso. Sean fieles en recitar diariamente el Santo Rosario, según recomendación de la Iglesia⁽⁵⁴⁾, con cuya recitación se ponen a nuestra consideración los misterios del Redentor Divino y somos llevados a Jesús por María.

51. e) **Visita diaria al Ssmo. Sacramento.** El sacerdote, además, antes de poner fin a su jornada de trabajo cotidiano, acérquese al sagrario, y allí deténgase al menos unos momentos, para adorar a Jesús en el Sacramento de su amor, para reparar la ingratitud de tantos hombres, para encenderse cada día más en el amor divino, en fin, para permanecer de algún modo pre-

sente en el Sagrado Corazón aun durante el tiempo del descanso nocturno, que nos recuerda el silencio de la muerte.

52. f) **Examen de conciencia.** No omita tampoco examinar cada día los secretos de su conciencia y acusarse a sí mismo; examen sin duda muy a propósito ya para conocer la marcha de su vida espiritual durante el día, ya para remover aquellos obstáculos que o impiden o retardan el progreso en la virtud, ya, en fin, para asegurar mejor los medios que puedan hacer más eficaz su ministerio, y para implorar la misericordia del Padre celestial sobre tantas miserias nuestras. 674

53. g) **Confesión frecuente.** Esta misericordia y perdón de los pecados que se nos concede de manera especial en el sacramento de la penitencia, obra maestra de la bondad de Dios para socorrernos en nuestra fragilidad. Nunca suceda, hijos queridos, que el ministro de esta saludable reconciliación se abstenga de tal sacramento. En esta materia como sabéis la Iglesia dispone: *Procuren los Ordinarios del lugar que los clérigos todos laven frecuentemente las manchas de su conciencia por el sacramento de la penitencia*⁽⁵⁵⁾. Aunque ministros de Cristo somos débiles y miserables: ¿cómo, pues, nos atreveremos a subir al altar de Dios y tratar las cosas santas sin procurar arrepentirnos y purificarnos muchas veces? Así es como *se acrecienta el conocimiento de sí mismo, crece la humildad cristiana, se desarraiga la maldad de vida, se resiste a la negligencia y tibieza espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, se efectúa la dirección espiritual y se aumenta la gracia en virtud del mismo sacramento*⁽⁵⁶⁾.

54. h) **La dirección espiritual.** Por lo mismo, creemos oportuno recomendaros también, queridos hijos, a que tanto al iniciar como al avanzar en vuestra vida espiritual, no os fiéis de-

(54) Véase Código Der. Can., Canon 125 2º.

(55) Véase Código Der. Can., Canon 125 1º

(56) Pío XII, Encíclica *Mystici Corporis*, 29-VI-1943, A. A. S. 35 (1943) 235; en esta Colección: Encicl. 177, 73 pág. 1614-1615.

masiado de vosotros mismos, sino que con ánimo sumiso y dócil, recibáis consejo y pidáis auxilio a quienes puedan dirigiros con sabia moderación, avisaros de los peligros futuros, e indicaros los remedios oportunos, y guiaros por el recto camino en todas las dificultades interiores y exteriores, y encaminaros a aquella perfección, cada día mayor, a la que os invitan y llaman los ejemplos de los santos y los experimentados maestros de la ascética cristiana.

Sin estos prudentes directores de conciencia, normalmente es muy difícil secundar acertadamente los impulsos sobrenaturales del Espíritu Santo y la acción de la divina gracia.

675 55. **i) Los ejercicios espirituales.** De-seamos, en fin, recomendaros a todos la práctica de los Ejercicios Espirituales. Cuando, por espacio de algunos días, nos apartamos de la acostumbradas ocupaciones y del ordinario modo de vivir y obrar, y buscamos silencio y soledad, entonces fácilmente prestamos atención a las palabras divinas, que penetran más hondamente en nuestras almas; y mientras estos ejercicios nos invitan a cumplir más santamente nuestras obligaciones y a contemplar los suavísimos misterios de JESUCRISTO, confirman de tal modo nuestra voluntad que *le sirvamos en santidad y justicia todos los días de nuestra vida*⁽⁵⁷⁾.

IIª PARTE:

LA SANTIDAD EN EL SAGRADO MINISTERIO

I. - INTRODUCCIÓN

1. *El sacerdote como dispensador de los misterios de Dios*

56. **La sangre de Cristo purifica.** En el Monte Calvario fue traspasado el costado del divino Redentor, del cual manó su sangre divina que, cual torrente inundante, corre a través de los siglos, para purificar las conciencias de los hombres, expiar sus pecados y llenarlos de tesoros de salud.

(57) Luc. 1, 74-75.

57. **El sacerdote dispensador de los misterios de Dios y el Cuerpo Místico.**

A la realización de este sublime ministerio están destinados los sacerdotes. En efecto, los sacerdotes no sólo concilian y comunican la vida y la gracia de JESUCRISTO a los miembros de su Cuerpo Místico, sino que contribuyen al desarrollo del mismo Cuerpo Místico, puesto que deben dar incesantemente nuevos hijos a la Iglesia, educarlos, atenderlos y guiarlos. Al ser *dispensadores de los misterios de Dios*⁽⁵⁸⁾, están obligados a servir a Cristo en perfección de caridad y dedicarse con todas sus energías a la salvación de sus hermanos. Son los apóstoles de la luz, y por lo mismo deben iluminar al mundo con la doctrina del Evangelio, y ser tan fuertes en la fe, que sean capaces de comunicarla a los demás, y, siguiendo los ejemplos y preceptos del divino Maestro, atraer a todos a El. Son los apóstoles de la gracia y del perdón y, por lo tanto, deben entregarse totalmente a la salvación de las almas y atraerlas al altar del Señor, para que se alimenten con el pan de la vida eterna. Son los apóstoles de la caridad, deben pues promover las obras de caridad, tanto más cuanto que en nuestros tiempos las necesidades de las clases menesterosas han crecido sobre toda medida.

2. *La necesidad de métodos modernos en la cura de almas.*

58. **Las varias formas del apostolado actual.** Procure, además, el sacerdote 676 que los fieles entiendan rectamente la doctrina de la *Comunión de los Santos*, la sientan, la vivan, y promuévanla intensamente por medio del *Apostolado litúrgico* y del *Apostolado de la oración*. Del mismo modo se deben promover todas aquellas formas de apostolado que en la actualidad son de tanta importancia y de tanta urgencia, debido a las peculiares necesidades del pueblo cristiano. Procúrese, con todo empeño, que a todos llegue la enseñanza catequística, que la *Acción Católica* y la

(58) I Cor. 4, 1.

Acción Misional alcancen la mayor difusión y desarrollo; finalmente, que todo cuanto se refiere al recto ordenamiento de la cuestión social, tal como lo exige nuestro tiempo, obtenga los mayores frutos, valiéndose al efecto de la cooperación de seglares bien instruidos y formados.

II. - LAS PRINCIPALES NORMAS DEL APOSTOLADO SACERDOTAL

1. *El sacerdote, trasunto de Cristo: el secreto de su eficacia*

59. El mejor modo de ejercitarlo: unirnos a Cristo. Tenga, además, presente el sacerdote, que el gravísimo ministerio que le ha sido confiado será tanto más fecundo cuanto más íntimamente se halle unido a Cristo y cuanto en el obrar se halle más animado del espíritu del Señor. Entonces la acción sacerdotal no se reducirá a una mera agitación natural, con fatiga del cuerpo y del espíritu y con peligro de apartarle del camino recto, con no leve daño para él mismo y para la Iglesia, sino que sus trabajos y fatigas serán fortalecidos con los auxilios que Dios niega a los soberbios, pero que concede larga y liberalmente a los que con humildad trabajan en la viña del Señor, no buscándose a sí mismos y sus *propios intereses*⁽⁵⁹⁾, sino la gloria de Dios y la salvación de las almas. Por lo tanto, conforme al precepto evangélico, como hemos dicho, no confíe en sí mismo o en sus propias energías, sino en el auxilio de lo alto según aquello: *Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino que es Dios el que da el incremento*⁽⁶⁰⁾.

60. Reproducir en sí la imagen viva del Maestro: suprema aspiración. Por medio de un apostolado de tal naturaleza no puede menos de suceder que el sacerdote, con fuerza casi divina, atraiga fuertemente a sí a todos. Al reproducir en sí mismo y en sus costumbres una viva imagen de JESUCRISTO, todos cuantos sigan su magisterio,

movidos de cierta íntima persuasión, fácilmente conocerán que cuando habla no comunica su palabra sino la palabra de Dios, y que cuando obra no lo hace por sus solas fuerzas sino con la virtud y fuerza de Dios. *El que predica hágalo como con palabras de Dios; quien tiene algún ministerio, ejercítelo como por la virtud que Dios le ha comunicado*⁽⁶¹⁾.

Más aún, al aspirar a la santidad y al ejercitar su ministerio con toda diligencia, debe esforzarse tan perfectamente en representar a Cristo, que con toda modestia pueda repetir la invitación del Apóstol de las Gentes: *Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo*⁽⁶²⁾.

2. *Advertencia contra la herejía de la acción*

61. Deber primero: la propia santificación; guardarse de la herejía de la acción. Por estas razones, al mismo tiempo que alabamos como es debido a aquellos que durante estos años de la postguerra cruel y prolongada, animados del amor de Dios y de la caridad para con el prójimo, se han entregado con todas sus energías, siguiendo el ejemplo y la dirección de los Obispos, a aliviar tantas miserias espirituales y temporales, no podemos dejar de manifestar Nuestra preocupación y Nuestra angustia a aquellos que, por las peculiares circunstancias de los tiempos y las cosas, se han engolfado tan desmedidamente en el torbellino de las actividades exteriores, que han olvidado el primer deber del sacerdote, esto es, el deber de procurar su propia santificación. En público documento⁽⁶³⁾ ya dijimos que han de ser llamados a un más recto camino cuantos temerariamente presumen que la salvación de los hombres puede obtenerse mediante lo que justamente ha sido calificado de *herejía de la acción*, esa acción que ni se apoya en el auxilio de la gracia, ni se sirve constantemente de los medios necesarios para alcanzar la santidad, que nos trajo JESUCRISTO.

(59) Véase I Cor. 10, 33.

(60) I Cor. 3, 7.

(61) I Pedro 4, 11.

(62) I Cor. 4, 16.

(63) Véase Pío XII, Carta Apostólica *Cum proxime exeat*, 16-VI-1944; A. A. S. 36 (1944) 239.

62. **No se excluyen las obras exteriores.** Pero igualmente creímos conveniente estimular a las obras propias de su ministerio, a aquellos que mantienen su espíritu excesivamente alejado de las cosas exteriores y, cual si desconfiasen del poder de la gracia, no se esfuerzan, según sus propias posibilidades, en conseguir que la eficacia del espíritu cristiano penetre en la vida cotidiana, por todos aquellos medios que exigen las circunstancias de nuestros tiempos⁽⁶⁴⁾.

3. *Meta suprema, la salvación de las almas.*

63. **Empeñarse enteramente en la salvación de las almas.** Así, pues, os exhortamos a todos ardientemente, a que estrechamente unidos al Divino Redentor, con cuya virtud *todo lo podemos*⁽⁶⁵⁾, os entreguéis con toda solitud a procurar la salvación eterna de aquellos que la providencia de Dios ha confiado a vuestro apostólico celo. Vehementemente deseamos, queridos hijos, que emuléis a aquellos santos varones que, en tiempos pasados, atestiguaron con sus grandiosas obras lo que puede conseguir en el mundo la potencia de la gracia divina. Ojalá cada uno de vosotros pueda sincera y humildemente atribuirse, con asentimiento de los fieles, la sentencia del Apóstol: *Gustosísimo entregaré lo mío y aun me entregaré a mi mismo por vuestras almas*⁽⁶⁶⁾. Ilustrad los entendimientos con la luz del cielo; dirigid las conciencias por el recto camino; confirmad y confortad las almas que vacilan en la duda o se atormentan en el dolor. A estas formas principales de apostolado unid aquellas otras cuya necesidad proclaman los tiempos modernos. Pero sea siempre manifiesto a todos que el sacerdote en sus obras nada busca fuera del bien de las almas, y a nada mira sino a Cristo al cual debe consagrarse, y con todas sus fuerzas.

(64) Véase Pío XII, Allocución "Conforto, letizia", a los miembros de la Acción Católica de Italia, 12-IX-1947; (AAS 39 [1947] 425-431).

(65) Véase Filip. 4, 13.

III. - REQUISITOS DE UN SANTO APOSTOLADO

1. *Caridad ilimitada y universal*

64. **Seguir los ejemplos del Redentor.** Del mismo modo que, cuando os invitábamos a procurar vuestra santificación, insistíamos en que reprodujeis en vuestras costumbres la imagen viva de Cristo, así, al presente, para procurar y promover la santidad y eficacia de vuestro ministerio sacerdotal, os encarecemos, una y otra vez, que procuréis seguir de cerca los pasos del divino Redentor, que lleno del Espíritu Santo *pasó haciendo bien y curando a cuantos estaban oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con El*⁽⁶⁷⁾. Confortados por el mismo espíritu e impelidos por su fortaleza, sin duda cumpliréis en tal forma vuestro ministerio que, animado e inflamado por la caridad cristiana, abundará en vigor divino y os llevará a comunicarla a los demás.

65. **Con celo apostólico.** Vuestro celo esté vivificado por aquella caridad que soporta todas las cosas con ánimo tranquilo, que no se deja vencer por las adversidades, y que abraza a todos los hombres, pobres y ricos, amigos y enemigos, fieles e infieles. Este trabajo cotidiano y estas cotidianas fatigas exige de vosotros la salvación de las almas, por las cuales nuestro Salvador aceptó pacientemente dolores y angustias, hasta las máximas penas y la muerte, para reconquistarnos la amistad divina. Amistad ésta, bien lo sabéis, que es el mayor de los bienes. No deseéis por tanto como impaciente ansia el éxito, ni caigáis en el desaliento si aun después de un asiduo trabajo, no llegáis a conseguir los frutos deseados, porque *uno es el que siembra y otro el que hace la recolección*⁽⁶⁸⁾.

(66) II Cor. 12, 15.

(67) Act. 10, 38.

(68) Juan 4, 37.

2. Inalterable bondad de corazón

66. Con benignidad compasiva. Brille, además, vuestro celo apostólico con caridad benigna; porque si es absolutamente necesario refutar los errores y oponerse a los vicios —a lo cual estamos todos obligados—, es preciso, sin embargo, que el alma del sacerdote esté animada siempre por la compasión, porque es necesario atacar los errores con todo vigor, pero hay que amar a los hermanos que yerran y dirigirlos a la salvación con ardiente caridad. Cuántos bienes, cuántas obras admirables pudieron realizar los santos por su benignidad de espíritu; y esto en circunstancias tales y con tales hombres que todo parecía estar pervertido por la mentira y degradado por los vicios. Sin duda faltaría a su deber, quien para agradar a los hombres halagara sus depravadas intenciones o secundase su modo desordenado de pensar y obrar, con detrimento de la doctrina cristiana y de la rectitud de las costumbres. Pero cuando los preceptos del Evangelio están salvaguardados y los pecadores están animados por un deseo sincero de volver al buen camino, entonces recuerde el sacerdote la respuesta del divino Maestro al Príncipe de los Apóstoles, que le preguntaba cuántas veces debía perdonar a los hermanos: *No te digo siete veces sino hasta setenta veces siete*⁽⁶⁹⁾.

3. Desinterés y conformidad

67. Con desinterés a ejemplo del
 680 **Apóstol.** Vuestro celo debe tener, sobre todo, no a las cosas mudables y caducas sino a las eternas. Sea éste el principal propósito de los sacerdotes que quieran, como deben, buscar la santidad: trabajar sólo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Cuántos sacerdotes, aun en las graves estrecheces de nuestros tiempos, han tenido ante los ojos el ejemplo y aviso del Apóstol de las gentes que contento con poco, lo absolutamente necesario, afirmaba: *Teniendo con que alimentarnos y vestirnos estemos contentos*⁽⁷⁰⁾.

(69) Mat. 18, 22.

(70) I Tim 6, 8.

68. Los frutos por el desprendimiento. Por esta prudente abstinencia de las cosas terrenas, unida a la confianza en la divina Providencia, dignas de toda alabanza, el ministerio sacerdotal ha dado abundantes frutos a la Iglesia en el orden espiritual y aun en el social.

4. Saber profundo y actualizado

69. Perfeccionar su cultura de acuerdo con los tiempos. Este vuestro celo infatigable debe, en fin, ir iluminado por la luz de la sabiduría y de la recta disciplina e inflamarse por el ardor de la caridad. Quien se esfuerza en su santificación y en la del prójimo debe poseer una sólida doctrina, que es necesario alcance, no sólo en los estudios teológicos, sino en todo aquello que nuestro tiempo ha producido en investigación y cultura; con este bagaje cultural el sacerdote como el óptimo padre de familia podrá tomar *de su tesoro cosas nuevas y viejas*⁽⁷¹⁾, de tal modo que su ministerio sea muy estimado por todos y sea sumamente provechoso. En primer lugar, vuestra actividad ajústese fielmente a las disposiciones de esta Sede Apostólica y a las normas dadas por los Obispos. Nunca suceda, queridos hijos, que las organizaciones y formas nuevas de apostolado, hoy tan oportunas, sobre todo en las regiones donde el clero es insuficiente, mueran en la inercia o no respondan a las necesidades del pueblo cristiano, por estar equivocadamente dirigidas.

70. Acrecentar la actividad y el celo. Acreciéntese, pues, cada día vuestro celo activo, robustezca a la Iglesia de Dios, brille como ejemplo ante los fieles y levante potentes baluartes contra
 681 las cuales se estrellé el ímpetu de los enemigos de Dios.

5. Bendición de la solicitud por los sacerdotes

71. Los directores espirituales. Deseamos también que esta Nuestra exhortación paternal alcance, de modo especial, a los sacerdotes que con ánimo

(71) Véase Mat. 13, 52.

humilde, pero con caridad ardiente se dedican a procurar y aumentar la santidad de los demás sacerdotes, ya como consejeros suyos, ya como directores de sus conciencias, ya como ministros del sacramento de la penitencia. El bien inestimable que prestan a la Iglesia con frecuencia permanece oculto en el silencio, mientras viven; pero un día se manifestará espléndidamente en la gloria del Rey divino.

72. Modelo, San José Cafasso. Nos, que no hace muchos años, con gran gozo del alma hemos decretado los supremos honores de los Santos para el sacerdote de Turín, JOSÉ CAFASSO, que, como sabéis, tan sabia y santamente dirigió en tiempos difícilísimos a muchos sacerdotes, no sólo haciéndoles progresar en virtud, sino también haciendo muy provechoso el ministerio sacerdotal de los mismos, confiamos plenamente en que, por su poderoso patrocinio, nuestro divino Redentor Nos conceda muchos sacerdotes igualmente santos, que sepan dirigirse a sí mismos y a sus colegas en el sagrado ministerio a tan excelsa perfección de vida, que todos los fieles, observando sus preclaros ejemplos, se muevan a imitarlos espontánea y gustosamente.

IIIª PARTE:

NORMAS PRACTICAS ESPECIALMENTE PARA EL CLERO JOVEN

I. - INTRODUCCIÓN: ACTUALIDAD DE LAS NORMAS

73. Obediencia de unos y deserción de otros. Hasta aquí hemos propuesto las principales verdades y preceptos en que se basa el sacerdocio de la Iglesia Católica en sí y en el ejercicio de sus ministerios. A estas verdades y normas ajustan en efecto diligentemente su conducta cotidiana todos los sacerdotes santos; mientras por el contrario, ¡oh dolor!, los desertores y tránsugas violan misérrimamente las obligaciones contraídas en la ordenación sacerdotal.

74. El principio fundamental: Adaptarse a los nuevos tiempos. Ahora bien, para que Nuestra paternal exhortación resulte al presente más eficaz, creemos oportuno exponer más detenidamente algunos puntos que de modo peculiar⁶⁸² guardan relación con las exigencias de nuestro tiempo. Y tanto más, cuanto que en nuestro tiempo se presentan, a veces, nuevas circunstancias y nuevas cuestiones que exigen de Nos muy diligente atención y particulares cuidados. Deseamos, pues, exhortar paternalmente a todo el clero y principalmente a los Obispos, a fin de que con todo empeño se esfuercen en promover todo aquello que sea necesario en nuestros tiempos; pero lo que fuere menos recto o francamente malo, lo enderecen por el camino de la verdad, de la bondad y de la virtud.

II. - CUIDADO POR LA FORMACIÓN DEL CLERO

1. Colaboración entre ambos cleros

75. Unión del clero secular y regular para el bien de la Iglesia. Como bien sabéis, después de las largas y variadas vicisitudes de la reciente guerra, el número de sacerdotes, ya en los países católicos, ya sobre todo en las misiones, resulta insuficiente para las necesidades que van siempre en aumento. Por ello, Nos exhortamos a todos los sacerdotes, lo mismo a los del clero diocesano como a los miembros de las Ordenes y Congregaciones religiosas, a que, estrechados los vínculos de caridad fraterna y uniendo sus fuerzas y voluntades, tiendan a la meta común, que es el bien de la Iglesia, la santificación propia y la de los fieles. Todos, aun los religiosos que viven en el retiro y en el silencio, deben contribuir a la eficacia del apostolado sacerdotal con la oración y con el sacrificio y, quienes puedan también con la acción, háganlo gustosa y entusiastamente.

2. Despertar nuevas vocaciones

76. Anhelos vocacional: reclutar nuevos operarios. Pero es, además, necesario reclutar, con la ayuda de la gra-

cia divina, otros compañeros y socios del trabajo. Por lo cual, Nos exhortamos, con paternal afecto, particularmente a los Obispos, y a cuantos en algún modo tienen cura de almas, a que dediquen la máxima atención a este importantísimo problema, al cual va íntimamente ligado el porvenir de la Iglesia. Es cierto que nunca faltarán los sacerdotes necesarios a esta sociedad fundada por JESUCRISTO; pero hay que vigilar y trabajar acordándose de la palabra del Señor: *La mies es mucha; los operarios son pocos*⁽⁷²⁾, y procurar con todo empeño que haya abundancia de sacerdotes, y sacerdotes santísimos.

683 77. a) **Orar por las vocaciones.** El mismo divino Redentor nos indica el modo más apto para suscitar vocaciones al sacerdocio: *Rogad al Señor de la mies, para que envíe operarios a su mies*⁽⁷³⁾. Debemos, pues, pedir esto al Señor con oraciones humildes y confiadas.

78. b) **Difundir la idea exacta y la estima del sacerdote por él.** Es necesario que los ánimos de aquellos que son llamados por Dios para entrar en el sacerdocio, se preparen bajo el impulso y la acción invisible del Espíritu Santo; y a conseguir esto pueden contribuir en gran manera los padres cristianos, los párrocos, los ministros del sacramento de la penitencia, los superiores de los Seminarios y aun todos los sacerdotes y los fieles que sientan como propias las necesidades de la Iglesia y su desenvolvimiento. Los sacerdotes, no sólo en las predicaciones y en la catequesis que dan al pueblo, sino también en las conversaciones privadas, traídas con oportunidad, procuren cuidadosamente hacer disipar los prejuicios y falsas opiniones, hoy tan en boga, contra el sacerdocio; exponiendo claramente su excelsa dignidad, su belleza, su utilidad y sus grandes méritos. Los padres y las madres de familia, de cualquier clase que sean, eleven al cielo constantes oraciones, pa-

ra que sean dignos de que uno siquiera de sus hijos sea llamado al divino servicio. Y por fin, todos cuantos llevan el nombre de cristianos deben sentir el deber de favorecer y de ayudar, por todos los medios, a los que se sientan llamados al ministerio sagrado.

79. c) **Especialmente dando siempre el buen ejemplo de santidad de vida.** La misión encomendada a los pastores de almas por el *Código de Derecho Canónico*⁽⁷⁴⁾ de seleccionar y ayudar a los candidatos al sacerdocio, debe interesar muy particularmente a todos los sacerdotes; quienes no sólo deben dar humildes y generosas gracias a Dios por el inestimable beneficio recibido, sino que nada mejor pueden llevar tan metido en el alma como elegir y prepararse, con todo interés, un sucesor, entre aquellos que vieren dotados de las cualidades requeridas para tan alto ministerio. Y para conseguir esto con mayor eficacia, den excelente ejemplo 684 de vida sacerdotal, que sirva de estímulo principalmente a aquellos jóvenes que tratan más íntimamente y en los cuales observen indicios de divina vocación.

3. La selección de los candidatos

80. a) **...y seleccionando prudentemente.** Esta prudente y sabia selección debe practicarse siempre y en todas partes; por lo tanto no sólo entre los jóvenes que ya viven en el Seminario, sino también entre los alumnos de liceos o escuelas, y principalmente entre aquellos que colaboran en cualquiera de las variadas formas y empresas de apostolado. Pues éstos, aunque entren más tarde en el sacerdocio, como ya han tenido que sortear graves dificultades y han fortalecido su espíritu en la lucha de la vida, y como ya han trabajado en obras que están estrechamente unidas con el ministerio sacerdotal, no pocas veces resplandecen con mayores y más sólidas virtudes.

(72) Luc. 10, 2.

(73) Luc. 10, 2.

(74) Véase Cod. Derecho Can., canon 1353.

81. b) Examen de las vocaciones. Sin embargo, siempre es necesario examinar con toda diligencia a cada uno de los candidatos al sacerdocio, y principalmente averiguar con qué intención y por qué causas han tomado esta resolución. Y particularmente, cuando se trata de niños, se debe considerar atentamente si están dotados de las necesarias cualidades de cuerpo y alma, y si aspiran al sacerdocio únicamente por su dignidad y por el bien espiritual suyo y de los demás.

82. c) Cualidades físicas de los candidatos. Conocéis muy bien, Venerables Hermanos, cuáles son las condiciones intelectuales y morales que, en cuanto a la idoneidad, la Iglesia exige en los candidatos al sacerdocio, y juzgamos superfluo detenernos en tratar estos temas. Creemos más conveniente exhortaros a que investiguéis, con toda la prudencia que os distingue, si los que desean recibir las sagradas órdenes son también idóneos físicamente; y esto, mayormente, porque la reciente guerra, con frecuencia, ha causado daños funestos y perturbado de muchas maneras particularmente a la joven generación actual. Sean, pues, por esta causa bien examinados estos candidatos, si es necesario, aun con la intervención de un buen médico.

⁶⁸⁵ Con esta sabia y prudente selección esperamos surja en todas partes un copioso y escogido ejército de alumnos del santuario.

III. - EDUCACIÓN DE LOS CANDIDATOS

1. Grave deber y consuelo episcopal

83. El cultivo de las vocaciones, un gran deber. Si muchos sagrados pastores están gravemente preocupados porque cada día es menor el número de adolescentes aspirantes al sacerdocio, no es menor su preocupación por lo que se refiere a la formación de los

jóvenes que ya han entrado en los Seminarios. No ignoramos, en verdad, Venerables Hermanos, cuán dura sea esta tarea y de cuántas y cuán graves dificultades está llena, pero del cumplimiento de tan grave deber reportaréis el mayor consuelo, ya que, como advierte Nuestro Predecesor LEÓN XIII, *del cuidado y diligencia puestos en la formación de los sacerdotes, percibiréis frutos altamente deseables y sentiréis que vuestro oficio pastoral es más fácil de llevar y más fecundo en frutos*⁽⁷⁵⁾.

2. Adaptación al ambiente y formación

84. Normas prácticas. Por lo tanto, Nos juzgamos oportuno trazaros algunas normas sugeridas por la necesidad, hoy mayor que nunca, de formar sacerdotes santos.

85. a) Ambiente familiar sano y sereno. Hay que advertir, en primer lugar, que los alumnos de los Seminarios Menores son adolescentes separados del ambiente natural de la familia. Luego esto mismo pide, que la vida que hacen en el Seminario corresponda, en lo posible, a la vida que hacen los demás niños, prestando, sin embargo, particular interés tanto a su formación espiritual como a su capacidad y disposiciones. Todo lo cual debe desenvolverse en locales espaciosos y capaces, aptos para la salud del cuerpo y paz del espíritu. Sin embargo en este punto consérvese *la justa medida y moderación*; de tal modo que nunca se dé el caso de que vivan *en casas suntuosas y en refinadas delicadezas y comodidades*⁽⁷⁶⁾ aquellos que deben ser formados para la abnegación y la virtud evangélica.

86. b) Formar el carácter, el espíritu de iniciativa, de responsabilidad y adaptación. Principalmente se debe ⁶⁸⁶ trabajar para que se forme bien el

(75) León XIII, Encíclica *Quod multum*, a los Obispos húngaros, 22-VIII-1886; Leonis XIII Acta vol. VI, p. 158; en esta Colección: Encicl. 48, pág. 342.

(76) Véase Pío XII, Alocución *Caritatis debitum*, 25-XI-1948, a los PP. OFM Cap que se habían congregado en oma para deliberar sobre un apostolado más intenso (AAS 40 [1948] 552).

carácter propio de cada uno de los alumnos, se desarrolle en ellos de día en día el sentido de la responsabilidad, la serenidad y madurez de juicio sobre personas y cosas, y el espíritu de animosa iniciativa. Por lo cual, los que están al frente de los Seminarios pondrán una prudente moderación en las reprensiones, y, a medida que los jóvenes crezcan en edad, irán, poco a poco, atenuando la vigilancia estrecha y todo género de restricciones, de modo que se rijan a sí mismos y sientan la responsabilidad de sus propios actos. Además, en ciertas cosas, no sólo den a los alumnos una lícita libertad de acción, sino que los acostumbren también a reflexionar por sí mismos, para que asimilen más fácilmente las verdades teóricas y prácticas. Ni teman los superiores que los jóvenes a ellos confiados conozcan los acontecimientos del día, más aún, deben proporcionarles los datos con los cuales ellos mismos se formen un maduro juicio de las cosas, ni rehuyan las discusiones sobre los mismos, a fin de disponer las inteligencias juveniles para una recta estimación de las cosas y de las opiniones.

87. c) Educarlos en la honradez, integridad y sinceridad. Si estas normas son fielmente observadas, educados los alumnos en la honradez y en la sinceridad, tendrán en sumo aprecio su integridad y firmeza de ánimo, no menos que la de los demás, y sentirán aversión por el engaño y por cualquier género de simulación. De esta integridad y sinceridad se derivará fácilmente el que puedan ser ayudados más eficazmente por los superiores, cuando se trate de conocer si están llamados por Dios para ejercer los Sagrados Ministerios.

88. d) Evitar un ambiente artificial aislado enteramente del mundo. Si los jóvenes —especialmente los que desde pequeños fueron recibidos en los Seminarios— son educados en un ambiente excesivamente aislado del mundo, cuando salgan al público podrán encontrar serias dificultades, en las rela-

ciones ya con el pueblo sencillo, ya con los seglares instruidos, y podrá entonces suceder que o asuman una actitud falsa y equivocada ante el pueblo cristiano, o que desestimarán la educación recibida. Se ha de procurar, por lo tanto, que los alumnos, poco a poco y prudentemente, penetren en la vida y costumbres del pueblo, no sea que una vez iniciados en el sacerdocio y destinados a los ministerios sagrados se encuentren desorientados, lo cual no sólo sería tormento para su espíritu, sino que restaría eficacia a su labor sacerdotal. 687

89. e) La formación intelectual, literaria y científica ha de ser completa. Para todo esto, quienes gobiernen Seminarios es necesario que pongan sumo cuidado en la formación intelectual de los alumnos. Ciertamente tenéis presente, Venerables Hermanos, las normas y disposiciones que sobre este asunto ha dado repetidamente esta Sede Apostólica, y las que Nos mismo hemos recomendado a todos, cuando por primera vez, al principio de Nuestro Pontificado, admitimos a Nuestra presencia a los alumnos de los Seminarios y Colegios romanos⁽⁷⁷⁾.

90. f) No inferior a la de los seglares. Por lo cual, deseamos, ante todo, que los futuros sacerdotes sean, por lo menos, no inferiores en nada, en cuanto a la cultura científica y literaria, a los jóvenes seglares que estudian análogas asignaturas. Si se tiene esto en cuenta, se habrán ganado mucho para alcanzar una más seria formación intelectual de los alumnos, y para que más fácilmente se pueda hacer la selección a su tiempo. Y así, cuando el seminarista tenga que elegir su futuro estado de vida, lo harán sin ser constreñido por ninguna necesidad; y se alejará ciertamente del peligro de verse obligado a seguir un camino que no es el suyo, por no estar adornado de la erudición y conocimientos que le pudieran franquear los cargos civiles, según el razonamiento del mayordomo

(77) Véase Pío XII, Discurso *Solemnis Conventus*, 24-VI-1939; A. A. S. 31 (1939) 245-251.

infiel para cavar no valgo, mendigar me da vergüenza⁽⁷⁸⁾. Y si algún alumno, que pudiera ser útil a la Iglesia; abandonara, no obstante, el Seminario no habría que dolerse en modo alguno de ello, ya que éste, hallando el recto camino de su vida, no podrá menos de acordarse de los beneficios recibidos en el Seminario, y añadir su gustosa contribución a la actividad católica de los seglares.

688 91. g) **Necesidad de la formación filosófica y teológica.** En la formación de los seminaristas, sin descuidar el estudio de otras muchas disciplinas, entre las cuales hoy es de gran interés el conocimiento de los problemas sociales, se ha de dar la máxima importancia a las doctrinas filosóficas y teológicas según la mente del Doctor Angélico⁽⁷⁹⁾, ampliadas con el conocimiento de las necesidades y errores de nuestros tiempos. Tales conocimientos son de suma importancia y utilidad, tanto para los mismos sacerdotes como para el pueblo cristiano; ya que, como aseguran los maestros de la vida espiritual, tales ciencias, con tal que sean enseñadas debidamente, valen sobremanera para conservar y alimentar el espíritu de fe, para moderar las pasiones y para mantener el alma unida a Dios. Además, es necesario que el sacerdote, que ha de ser *sal de la tierra y luz del mundo*⁽⁸⁰⁾, trabaje con todas sus fuerzas en defensa de la fe, predicando el Evangelio de Cristo y refutando los errores contrarios diseminados entre el pueblo por todos los medios, y no podrá refutar satisfactoriamente tales errores, si no se ha asimilado bien los firmísimos principios de la filosofía y de la teología católicas.

92. h) **Método tradicional de la Iglesia, el escolástico.** A este propósito, no está fuera de lugar recordar que el método de enseñanza, que desde largo tiempo se sigue en las escuelas católicas, tiene suma eficacia, tanto para concebir ideas claras, como para mos-

trar que las verdades que han sido confiadas como sagrado depósito a la Iglesia, maestra de los cristianos, tienen entre sí una perfecta trabazón y coherencia. No faltan, sin embargo, en nuestro tiempo quienes, habiéndose alejado de las más recientes enseñanzas de la Iglesia, y cuidándose poco de la claridad y precisión de las ideas, además de apartarse del recto camino de nuestras escuelas, dan lugar a opiniones erradas y confusas, según lo atestigua la experiencia.

93. **Exhortación a la vigilancia.** Por lo cual, para que los estudios eclesiásticos no estén expuestos de un modo lamentable a titubeos y dudas, os exhortamos a todos encarecidamente, Venerables Hermanos, a que vigiléis con toda diligencia, para que sean aceptadas sin reservas e íntegramente observadas las normas precisas que ha dado esta Sede Apostólica sobre tales estudios.

IV. - FORMACIÓN ESPIRITUAL Y MORAL

1. *Importancia de la formación ascética*

94. **Peligros de la sola ciencia.** Si tan 689 solícitamente, como conviene a Nuestro deber apostólico, hemos hablado sobre la sólida formación intelectual de los clérigos, fácilmente se deja entender cuán en el alma llevaremos la buena formación espiritual y moral de los mismos jóvenes; pues de otro modo la ciencia, aun la más eminente, a causa de la soberbia y la arrogancia que fácilmente se infiltran en el alma, podría acarrear daños incalculables. Por lo cual, la Santa Madre Iglesia, quiere, sobre todo, que los adolescentes en los Seminarios se formen en aquella santidad con que después han de brillar, y que han de practicar durante toda su vida.

95. **Crear convicciones y fomentar la vida interior.** Como ya hemos dicho para los sacerdotes, así ahora recomen-

(78) Luc. 16, 3.

(79) Véase Código Derecho Can., canon 1366, 2.

(80) Véase Mat. 5, 13-14.

damos que los Seminaristas tengan la íntima persuasión de que deben procurar con todas las fuerzas aquellas pre-seas de su alma que son las virtudes, y una vez conseguidas, conservarlas y aumentarlas continuamente con todo empeño.

2. Cultivo del espíritu sobrenatural

96. Piedad con convicción. Como todos los días y casi siempre a las mismas horas ejercitan los alumnos las mismas prácticas de piedad, puede darse el peligro de que el íntimo sentimiento del alma no esté en consonancia con el ejercicio externo, lo que podría llegar en ellos a ser más fácil por el hábito adquirido y aún podría agravarse cuando, salidos de los Seminarios, se verían frecuentemente agobiados por el ineludible cumplimiento de sus deberes.

97. Vida interior y espíritu de fe. Por consiguiente, póngase todo empeño y diligencia en que los futuros sacerdotes vivan una vida interior alimentada de espíritu sobrenatural y gobernada por la acción del Espíritu Santo. Hagan todas sus cosas iluminados por la fe divina y unidos con Cristo; teniendo por cierto, que no pueden prescindir de este género de vida los que han de ser elevados al sacerdocio y representar en la Iglesia a la persona del divino Maestro. Nada en verdad impulsará más a los seminaristas a conseguir las virtudes propias de un sacerdote, a vencer las tentaciones y a cumplir los buenos propósitos que este sentimiento interno de piedad.

3. Práctica de la obediencia sacerdotal

98. Virtudes eclesiásticas básicas. Los que se dedican a la educación y formación de los clérigos es necesario procuren sobremanera que éstos adquieran aquellas virtudes que la Iglesia exige a los sacerdotes. Habiendo trata-

do de ellas en otro lugar de esta Exhortación, no hay por qué repetirlas aquí. Pero no podemos menos de incitarlos a que, entre todas las virtudes de que debe poseer el seminarista, se revistan de aquellas en las que, como en sólido fundamento, se basa toda la santidad sacerdotal. 690

99. Práctica de la sumisión. Es de todo punto necesario que los jóvenes alcancen tal espíritu de obediencia, que se acostumbren a someter sinceramente su voluntad a la voluntad de Dios, de la cual los superiores del Seminario han de ser mirados como intérpretes. Nada deberá jamás observarse en su conducta que se aparte de la voluntad de Dios. Aprendan los jóvenes esta obediencia, de que hablamos, en los ejemplos del divino Redentor, que no tuvo en este mundo otro programa que éste *Hacer, oh Dios, tu voluntad*⁽⁸¹⁾.

100. Obediencia al Obispo. Aprendan los seminaristas a obedecer filialmente a sus superiores desde los primeros años del Seminario, para que más tarde obedezcan dócilmente a la voluntad de los Obispos, conforme a las enseñanzas del invictísimo atleta de Cristo, IGNACIO DE ANTIOQUÍA: *Obedeced todos al Obispo como Jesucristo al Padre*⁽⁸²⁾. *El que honra al Obispo es honrado por Dios, el que hace algo a espaldas del Obispo sirve al diablo*⁽⁸³⁾. *No hagáis nada sin el Obispo, custodiad vuestra carne como templo de Dios, amad la unión, huid las discordias, sed imitadores de Jesucristo como El lo es de su Padre*⁽⁸⁴⁾.

4. Formación para el celibato y la castidad sacerdotal

101. Sólida formación en la castidad y el celibato sacerdotal. Póngase, además, toda diligencia y solicitud en que los seminaristas tengan en gran estima, amen y defiendan en su alma la pureza, ya que de ella depende en gran parte

(81) Hebr. 10, 7.

(82) S. Ignacio de Antioquía, Carta a los de Esmirna 8, 1 (Migne P. G. 8 col. 714).

(83) S. Ignacio de Ant., Carta a los de Esmirna, 9, 1 (Migne PG 8 col. 714-715).

(84) S. Ignacio de Ant. Carta a los de Filadelfia, 7, 2 (Migne PG 5, col. 700).

el que escojan este género de vida y permanezcan en él. Por cuanto ésta en el trato humano está expuesta a tantos peligros, debe poseerse firmemente, y ser por largo tiempo probada en los que han de recibir la dignidad sacerdotal. Instrúyase, pues, a los seminaristas oportunamente sobre el celibato de los sacerdotes, de la castidad que deben guardar⁽⁸⁵⁾ y sobre las obligaciones que lleva consigo, y adviértaseles, después, sobre los peligros en que se pueden encontrar. Han de ser exhortados, también, los seminaristas a que, desde su más tierna edad, se aparten de los peligros recurriendo a los medios para refrenar las pasiones, que enseñan los maestros de la vida espiritual, porque, cuanto más firme y constante sea la moderación de las pasiones, tanto más progresará el alma en las demás virtudes, y más abundantes serán los frutos de sus desvelos sacerdotales. Y si algún clérigo se sintiese con tendencias malsanas en esta materia y, aun después de la prueba de cierto tiempo, no se corrigiera de su mala propensión, este tal debe ser ciertamente apartado del Seminario antes de que llegue a las sagradas Ordenes.

5. *Sus devociones principales*

102. Devoción al Santísimo Sacramento y a la Virgen Santísima. Estas virtudes, de que hemos hablado, y todas las demás propias del sacerdote, las podrán adquirir fácilmente los jóvenes que viven en el Seminario, si desde niños han asimilado una sincera y tierna piedad para con Cristo Jesús verdadera, real y sustancialmente⁽⁸⁶⁾, viviendo con nosotros bajo las especies del Santísimo Sacramento, y al mismo tiempo si de Cristo Sacramentado nacen y a Cristo miran todas sus acciones e intenciones. La Iglesia tendrá la máxima alegría, si a la devoción del Santísimo Sacramento de la Eucaristía unieren los adolescentes una devoción filial para con la Santísima Virgen MARÍA; devoción tal, que por su im-

pulso, se entregue el alma completamente a la Madre de Dios y se mueva a seguir el ejemplo de sus virtudes, ya que no podrá faltar un apostolado distinguido y ardiente en quien, desde su adolescencia, alimentó su alma con un amor predominante a Jesús y MARÍA.

V. - SOLICITUD POR EL CLERO JOVEN

1. *Preparación a la vida apostólica*

103. Cuidado del clero joven. No podemos menos de exhortaros aquí, Venerables Hermanos, a que tengáis como particularmente encomendados a vuestro cuidado a los sacerdotes jóvenes.

104. a) Preparación prudente al ministerio sacerdotal. Cuando dejan el seminario para entrar en el ministerio sacerdotal, precisamente por salir al campo abierto del apostolado, pueden correr algún peligro los sacerdotes jóvenes, si antes no fueron convenientemente preparados para este nuevo género de vida. Por lo cual debéis considerar que, muchas veces, las mejores esperanzas puestas en nuevos sacerdotes se desvanecen, si no hay alguien que gradualmente los introduzca en el trabajo, sabiamente los vigile en sus actividades y paternalmente los guíe en los comienzos de su ministerio.

105. b) Promover instituciones adecuadas a ejemplo del Instituto de San Eugenio. Por lo cual a Nos agrada mucho que estos nuevos sacerdotes, donde sea posible, permanezcan durante algunos años en Centros especiales, donde, bajo la dirección de superiores experimentados, sean más sólidamente instruidos en la piedad y en las sagradas disciplinas, y sean preparados, cada uno según sus posibilidades, para los ministerios sacerdotales.

Este es el motivo por el cual, deseamos que estos Colegios se erijan, o uno en cada diócesis o, donde las circuns-

(85) Véase Cód. Der. Can., canon 132.

(86) Véase Concilio de Trento, sesión 13, cap.

8 (Denz-Umb. Nº 883).

tancias así lo pidan, uno para varias diócesis.

Por lo que a nuestra Ciudad Eterna se refiere, Nos hemos hecho ya esto con sumo gusto, cuando en el quincuagésimo aniversario de Nuestro sacerdocio, erigimos el Instituto de SAN EUGENIO, para los sacerdotes recién ordenados⁽⁸⁷⁾.

2. *Prudente iniciación en el apostolado parroquial*

106. a) Prudente distribución del clero joven, no lanzarlo al ministerio sin experiencia. Os exhortamos, Venerables Hermanos, a que en cuanto sea posible no lancéis al apostolado a sacerdotes inexpertos, ni los coloquéis en sitios lejanos de la capital de la Diócesis o de sus ciudades más importantes. Porque si tuviesen que vivir en esta situación, aislados, inexpertos, expuestos a peligros, faltos de maestros prudentes sufrirán ciertamente daño propio y para su mismo ministerio.

107. b) Ponerlos junto a sacerdotes ancianos. Nos agrada en gran manera que estos nuevos sacerdotes vivan con el párroco principal del lugar y sus coadjutores porque así, yendo delante los ancianos, podrán ser más fácilmente educados para los sagrados ministerios y llenarse más ardientemente de sólida piedad.

108. c) Obligaciones de virtud y celo de los ancianos. Por lo tanto, recordamos a todos los pastores de almas que el éxito futuro de estos jóvenes está, en gran parte, en sus manos. El ardor y prontitud con que los nuevos sacerdotes se entregan a los primeros ministerios pueden quedar apagados o por lo menos disminuidos, a veces, por el ejemplo de los ancianos, de aquellos, se entiende, que o no resplandecen con el decoro de la virtud o prefieren la vida ociosa para no tener que cambiar sus costumbres inveteradas.

3. *La vida de comunidad*

109. a) Vida común del clero. Nos aprobamos ahora, y recomendamos vivamente, lo que ya era anhelo de la Iglesia⁽⁸⁸⁾, a saber, que se establezca la vida común del clero de cada parroquia o de varias parroquias vecinas.

110. b) Ventajas de la vida de comunidad. Esta vida común, aunque puede ocasionar algunas molestias, nadie duda que reporta grandes ventajas: primeramente acrecienta cada día más entre los sacerdotes, el espíritu de caridad y de celo; es un ejemplo para el pueblo cristiano, al verlos voluntariamente desprendidos de sus propios intereses y de sus familiares; y, por fin, dan a todos evidente testimonio del escrupuloso cuidado que ponen en custodiar su castidad.

4. *Cultivo de la vida intelectual*

111. a) Continuar su propia formación por el estudio. Además, es necesario que los ministros sagrados cultiven también el estudio, según dispone el *Código de Derecho Canónico: Los clérigos una vez recibido el sacerdocio, no interrumpen los estudios, especialmente los sagrados*⁽⁸⁹⁾. Y el mismo *Código*, además del examen prescrito para los sacerdotes noveles *cada año, por lo menos durante un trienio completo*⁽⁹⁰⁾ manda también que el clero tenga reuniones frecuentes durante el año, *encaminadas a fomentar la ciencia y la piedad*⁽⁹¹⁾.

112. b) Importancia de las bibliotecas sacerdotales. Mas, para favorecer los estudios, lo cual muchas veces por su precaria situación económica, resulta difícil a los sacerdotes, es muy conveniente que los Ordinarios, según la antigua luminosa tradición eclesiástica, reinstauren en su secular esplendor las bibliotecas catedrales, colegiales y parroquiales.

(87) Véase *Pío XII Motu Proprio, Quandoquidem*, 2-IV-1949; A. A. S. 41 (1949) 165-167.

(88) Véase *Cód. Der. Can.*, canon 134.

(89) *Cód. Der. Can.*, canon 129.

(90) *Cód. Der. Can.*, canon 130, 1º.

(91) *Cód. Der. Can.*, canon 131, 1º.

694 **113. Riquezas que encierran.** Muchas de estas bibliotecas, aunque han sido frecuentemente despojadas y dispersadas, todavía poseen una gran herencia de pergaminos y libros manuscritos o impresos *que son, por una parte, elocuente testimonio de la infatigable actividad de la Iglesia y de su poderosa influencia, y por otra, de la fe y piedad de nuestros antepasados, de su amor al estudio, y de su buen gusto* (92).

114. c) Salas de consultas y de lectura; recto uso de las bibliotecas. Estas bibliotecas no han de ser depósitos de libros abandonados, sino más bien organismos vivientes, con su bien acondicionada sala para la lectura y la consulta de libros. En primer lugar estén acomodadas a las exigencias de nuestros tiempos y enriquecidas con obras de todo género, especialmente sobre materias religiosas y sociales, de modo que los profesores, los párrocos y particularmente los sacerdotes noveles puedan buscar en ellos abundancia de doctrina para la difusión de las verdades evangélicas y para combatir el error.

IVª PARTE:

SITUACION Y PROBLEMAS DE ACTUALIDAD

I. - PELIGROSO ESPÍRITU DE NOVEDADES:

1. en las ideas y en la conducta

115. Ansia de novedad en concepciones y conducta; puede ser laudable. En fin, creemos ser obligación Nuestra, Venerables Hermanos, haceros una advertencia sobre las dificultades propias de nuestros tiempos.

Creemos que ya habréis observado, y sabéis que se está desarrollando entre los sacerdotes, cada día más extensa y gravemente, el ansia de novedades, en especial entre aquellos que están menos dotados de erudición y doctrina y llevan una vida menos ejemplar.

La novedad de por sí, no es en modo alguno criterio de verdad, y sólo puede ser alabada cuando a un tiempo confirma la verdad y conduce al bien y a la virtud.

116. Afán pernicioso de novedades. Grave es la desorientación de la edad en que vivimos, y esto en todos los campos; da pena ver cómo diferentes sistemas filosóficos nacen y mueren sin mejorar en nada las costumbres de los hombres; se exhibe la monstruosidad de cierto arte que hasta tiene la pretensión de llamarse cristiano; criterios de gobierno que, en muchos lugares, llevan más a la opresión del ciudadano y utilidad privada de algunos que al bien común; métodos de vida y de relaciones económicas y sociales que perjudican al hombre honrado mientras benefician al más astuto. Por esto ocurre casi naturalmente que no falten del todo en nuestros tiempos sacerdotes contagiados de alguna manera de estos males, y que sustenten opiniones y sigan un sistema de vida, aun en el modo de vestir y en el cuidado de su persona, ajeno tanto de su dignidad como de su misión; que se dejen arrastrar del afán de novedades, ya en el predicar a los fieles, ya en el combatir los errores de los adversarios, con lo cual comprometen no sólo su conciencia, sino también su buena fama y, por consiguiente, la eficacia de su sagrado ministerio.

2. en los métodos de la cura de almas

117. A los Obispos de lugar toca poner al día los métodos de apostolado. Sobre todo esto, Venerables Hermanos, llamamos vivamente vuestra vigilante atención, en la seguridad de que vosotros, entre la desbordada ansia de novedades de unos y el exagerado afeerramiento al pasado de otros, usaréis de aquella prudencia que es siempre sabia y avisada, hasta cuando explora nuevos derroteros de actividad apostólica y de lucha por el solo triunfo de la verdad. Nos estamos bien lejos de pen-

(92) Carta del Emmo. Cardenal Secretario de Estado Pedro Gasparri al Episcop. ital. sobre los

negocios públ. de la Iglesia, 15-IV 1923 "Enchir. corum", Tipogr. Polygl. Vaticana, 1937, pág. 613.

sar que el apostolado no deba adaptarse a la realidad de la vida moderna y que no se deban promover iniciativas acomodadas a las necesidades de nuestro tiempo; pero como todo trabajo sacerdotal en el ámbito de la Iglesia es esencialmente jerárquico, no se introduzcan nuevas formas sino con el beneplácito del Ordinario.

Los sagrados Pastores de una misma región o de una nación procuren en esta materia entenderse entre sí, a fin de proveer a las necesidades de sus Diócesis y de estudiar los métodos más conducentes y más en consonancia con el apostolado religioso. Y si todo ello se realiza ordenadamente, la actividad sacerdotal no podrá menos de ser eficaz. Estén todos persuadidos de que es necesario seguir la voz de Dios y no la del mundo, regular las actividades del apostolado según las directrices de la autoridad eclesiástica y no según las opiniones personales de cada cual. Es ⁶⁹⁶ vana ilusión pensar que puede disimularse la pobreza interior de espíritu y que puede cooperarse eficazmente a la difusión del Reino de Cristo con métodos absurdos e insólitos.

II. - EL CLERO Y LA CUESTIÓN SOCIAL

1. *El clero frente al comunismo*

118. Nada de incertidumbres ante el comunismo. La misma actitud recta es preciso tener respecto a las doctrinas sociales del momento actual.

Hay en nuestro tiempo muchos que frente a la perversidad del comunismo, que tiende a arrancar la fe de aquellos mismos a quienes promete el bienestar material, se muestren atemorizados e indecisos; pero esta Silla Apostólica, en recientes documentos, ha señalado con claridad el camino que todos deben seguir y del cual nadie deberá apartarse, a menos que quiera faltar a su propia conciencia.

2. *El clero frente al capitalismo*

119. Denunciar las consecuencias dañosas del capitalismo. Por otra parte no faltan quienes se muestran no

menos temerosos y asustados frente a aquel sistema económico que trae su nombre del excesivo acaparamiento de riquezas privadas, y del cual se siguen graves daños, según ya más de una vez ha declarado la Iglesia. Pues la Iglesia no sólo ha denunciado los abusos del capital y aun del mismo derecho de propiedad, frutos ellos del mismo sistema capitalista, sino que también enseñó que el capital y la propiedad deben servir para la producción, en provecho de toda la sociedad, y para protección y aumento de la libertad y dignidad del hombre. Persuádanse todos, especialmente los sacerdotes, a la vista de los daños que se derivan de ambos sistemas económicos (el comunista y el capitalista), de que deben seguir con fidelidad la doctrina de la Iglesia, explicarla a los demás y llevarla a la práctica según sus posibilidades. Porque solamente esta doctrina puede remediar males tan extendidos, ya que junta, con suma perfección y a un tiempo, los deberes todos de la justicia y de la caridad, y promueve un orden social que no oprime al individuo ni lo aísla de los demás por el excesivo afán de propia utilidad, sino que los une a todos en la armonía de sus aspiraciones mutuas y con los vínculos del amor fraterno.

3. *Papel fundamental del sacerdote*

120. Ir al encuentro de ricos y pobres sin aceptación de personas. Los sacerdotes, a ejemplo del divino Maestro, salgan al encuentro, en la medida de sus fuerzas, de las necesidades de los pobres, de los trabajadores y de todos los que sufren, entre los cuales se encuentran, como todos saben, muchos de la clase media y también muchos sacerdotes. No descuiden, sin embargo, a aquellos que, aunque muy ricos en bienes de fortuna, tienen un alma indigente, y que deben invitarse a cambiar de vida siguiendo el ejemplo de ZAQUEO que dijo: *Daré la mitad de mis bienes a los pobres y si a alguno he defraudado* ⁶⁹⁷

do le devuelvo el cuádruplo⁽⁹³⁾. Así pues, en el campo de la cuestión social no olviden nunca los sacerdotes el fin propio de su ministerio. Con celo y sin miedo propongan los verdaderos principios doctrinales relativos al derecho de propiedad, a las riquezas, a la justicia y a la caridad entre las diversas clases sociales, y enseñen con su ejemplo cuál es el modo más apto para llevarlos a la práctica.

121. Formar y guiar a los seglares en sus deberes sociales. Ordinariamente es deber que compete a los seglares llevar a la práctica estos principios doctrinales, y si no estuvieran capacitados para ello, cuide el sacerdote, lo mejor posible, de instruirlos y formarlos.

III. - SOLICITUD DEL PAPA POR LAS NECESIDADES MATERIALES DEL CLERO

1. *Da facultades para una justa compensación*

122. Paternal solicitud del Supremo Pastor por las estrecheces que sufren hoy no pocos sacerdotes. Nos ha parecido bien tratar aquí de las estrecheces económicas en que se encuentran muchos sacerdotes después de la última guerra, principalmente en aquellas regiones en que a causa de la misma guerra, o por su situación política, sufrieron grandes daños. Nos, hondamente afligidos por este estado de cosas, no hemos perdonado ningún medio para aliviar, dentro de Nuestras posibilidades, las calamidades, la miseria y la extremada indigencia de muchos.

123. Facultades extraordinarias concedidas a los Obispos. Bien sabéis, Venerables Hermanos, que Nos en los lugares en que mayores parecían ser las necesidades, hemos concedido a los Obispos, por medio de la Congregación del Concilio, facultades extraordinarias, y que hemos dado normas especiales que eliminan equitativamente las notables desigualdades económicas entre los

sacerdotes de una misma diócesis. Y sabemos que en algunas partes, muchos sacerdotes, ciertamente dignos de alabanza, han seguido las indicaciones de sus pastores; pero en otras, por las graves dificultades que surgieron, las normas no han surtido todo su efecto.

124. Informe del trabajo realizado. Os exhortamos, por tanto, a que con ánimo paternal, sigáis el camino emprendido, ya que no es lícito carezcan del pan de cada día los trabajadores enviados a la viña del Señor. Por esta razón, no dudéis en comunicarnos de vez en cuando los resultados de vuestras iniciativas al efecto.

2. *Obras de ayuda para sacerdotes ancianos y enfermos*

125. Promover la previsión social entre los sacerdotes. Alabamos, además, de todo corazón, las iniciativas que entre vosotros toméis para que no sólo no falte a los sacerdotes lo necesario de cada día, sino que también se provea para su futuro con instituciones y organismos adecuados —lo cual vemos ya realizado y aprobamos con gran satisfacción en las demás clases sociales— principalmente en los casos de enfermedad, de invalidez y de ancianidad. Así les quitaréis la preocupación por la incertidumbre de su porvenir.

126. Encomio del socorro mutuo de los sacerdotes. Por lo cual, estamos vivamente agradecidos a los sacerdotes, que, aun a costa de sacrificios, han ayudado y ayudan a sus compañeros necesitados por motivo de salud o ancianidad.

Haciendo esto, dan un elevado ejemplo de aquella mutua caridad que Cristo legó a sus discípulos, como señal distintiva de ellos: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros*⁽⁹⁴⁾.

127. Práctica del espíritu de amor universal. Deseamos también, que los sacerdotes de todas las naciones se unan

(93) Luc. 19, 8.

(94) Juan 13, 35.

mutuamente con los lazos de este amor fraterno, para que aparezca más claramente que, siendo ministros de Dios, que es Padre común de todos, están animados de un mismo espíritu de amor, sean del país que fueren.

3. *Deberes de los fieles y de los gobiernos al respecto*

128. **Educación a los fieles en el socorro del clero pobre; obligación de los fieles y perjuicio del abandono.** Pero habréis experimentado que no podéis poner remedio total a esas grandes dificultades si los fieles no se dan cuenta del deber de socorrer en lo posible al clero pobre, y si no se emplean todos los medios oportunos para ello.

Por tanto, dad a entender bien al pueblo a vosotros confiado, que tiene la obligación de ayudar a los sacerdotes necesitados, ya que conserva todo su valor la palabra del Maestro: *Porque digno es el trabajador de su paga*⁽⁹⁵⁾. Porque ¿cómo se puede pedir un apostolado activo a aquellos sacerdotes a quienes falta lo necesario para vivir?

Además, los fieles que descuidan este deber, dejan, aunque sea involuntariamente, el camino libre a los enemigos de la Iglesia, los cuales en no pocas naciones se proponen precisamente empobrecer al clero, para, de esta manera, poder separarlos de la legítima autoridad.

129. **Obligación de los poderes públicos.** También los poderes públicos tienen que atender a las necesidades del clero, según las diversas condiciones de cada país, pues del cumplimiento de sus obligaciones sacerdotales han de seguirse grandes utilidades espirituales y temporales, en beneficio de toda la sociedad.

CONCLUSIÓN: EXHORTACIÓN FINAL

1. *Reitérase la exhortación a la santidad*

130. **Resumen y programa de vida.** Por último, antes de terminar, no pode-

mos menos de repetirlos sumariamente estas exhortaciones, que habréis de tener siempre ante vuestros ojos, ya que han de ser consideradas como las principales normas de vuestra vida y de vuestra actividad.

131. **La meta: Encaminar todas las almas a Jesús.** Somos sacerdotes de JESUCRISTO; hemos de trabajar para que la Redención de los hombres, que El llevó a cabo, alcance toda su eficacia en todas las almas. Considerando seriamente las gravísimas necesidades de nuestro tiempo, debemos esforzarnos por atraer al cumplimiento de los deberes cristianos a los hermanos que se han apartado del verdadero camino o están cegados por la niebla de las pasiones; por iluminar a los pueblos con la luz de la doctrina cristiana, regirlos con normas cristianas y formarles una sólida conciencia cristiana; y por hacer, en fin, que todos se resuelvan a pelear animosamente por el triunfo de la verdad y de la justicia.

132. **Irradiar a Cristo. Modelos de bondad.** Pero tan sólo conseguiremos la anhelada meta, cuando lleguemos a tal grado de santidad que se transfunda a los demás la vida y virtudes que recibimos de Cristo.

Exhortamos, pues, a todos los sacerdotes repitiéndoles la palabra del Apóstol: *No descuides la gracia que está en ti, que se te ha dado por la imposición de las manos de los presbíteros*⁽⁹⁶⁾, *muéstrate en todo como ejemplo de buenas obras, en la doctrina, en la integridad, en la gravedad, tu palabra sea buena, irreprochable para que el adversario quede confundido, no teniendo nada malo que decir contra nosotros*⁽⁹⁷⁾.

133. **Estimar la vocación y vivirla santamente.** Queridos hijos, estimando grandemente la gracia del ministerio recibido, vivid de tal manera, que ésta se manifieste en vosotros y dé frutos ubérrimos, para utilidad de la Iglesia y enmienda de sus enemigos.

(95) Luc. 10, 7.

(96) I Tim. 4, 14.

(97) Tit. 2, 7-8.

134. Renovar el espíritu en este Año Santo. Y para que Nuestra paternal “Exhortación” consiga lo que pretende, una y otra vez os repetimos estas palabras tan oportunas en este Año Santo: *Renovaos en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo que ha sido creado según Dios en justicia y santidad, de verdad⁽⁹⁸⁾; sed imitadores de Dios, como hijos amadísimos, y caminad en el amor, como Cristo nos amó, y se entregó por nosotros a Dios, como oblación y víctima⁽⁹⁹⁾; llenaos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros con himnos y salmos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones⁽¹⁰⁰⁾; vigi- lad con toda perseverancia y pedid por todos los santos⁽¹⁰¹⁾.*

⁷⁰¹ **135. Exhortación a una tanda extra- ordinaria de ejercicios espirituales.** Meditando detenidamente estas exhortaciones del Apóstol, Nos ha parecido oportuno invitaros a que, durante este Año Santo, hagáis unos Ejercicios espirituales extraordinarios; de tal modo que, movidos por el ardor de la piedad, que habéis de sacar de ellos, atraigáis más fácilmente las almas de los demás a participar del tesoro de la divina indulgencia.

2. La confianza en María, Madre de los sacerdotes

136. Confianza en María, Madre de los sacerdotes. Y finalmente, cuando experimentéis de un modo especial cuán difícil es avanzar por el arduo camino de la santidad y cumplir debidamente los ministerios a vosotros confiados, levantad los ojos y el corazón llenos de confianza a aquella que, siendo Madre del Eterno Sacerdote, es también Madre amantísima del clero católico. No sólo conocéis la benignidad de esta Madre para con vosotros, sino que en muchas partes, con vuestra predicación sobre la misericordia de su Inmaculado Corazón, habéis despertado de un modo admirable la fe y la piedad del pueblo cristiano.

(98) Efes. 4, 23-24.

(99) Efes. 5, 1-2.

137. Amor de predilección de María. Si bien a todos ama la Virgen Madre con ardiente amor, abraza con un amor especial a los sacerdotes, que son imagen viva de JESUCRISTO. Si consideráis, pues, con gran consuelo de vuestra alma, este amor singular y esta particular tutela de la Virgen para con vosotros, experimentaréis que se os hace más fácil el trabajo, tanto por vuestra santidad personal como por cumplir vuestros deberes sacerdotales.

138. El Padre Santo confía a la Virgen el clero de todo el mundo. Nos encomendamos de todo corazón a la Virgen Madre de Dios y Medianera de todas las gracias a todos los Sacerdotes de la tierra, para que, por su intercesión haga Dios descender una efusión abundantísima de su Espíritu, que mueva con vehemencia a todos los sacerdotes a la santidad y renueve el género humano con la mejora de las costumbres.

3. Bendiciones especiales del Papa

139. Bendición especial al clero perseguido. Seguro de la realización de estos deseos, tan faustos y saludables, por el patrocinio de la Inmaculada Virgen MARÍA, imploramos para todos la abundancia de bienes celestiales; especialmente para los Obispos y sacerdotes que, por defender los derechos y la libertad de la Iglesia, cumpliendo su deber, padecen persecuciones, cárceles y destierros. Para ellos Nuestro especial afecto; y los exhortamos paternalmente a que sigan distinguiéndose en esta virtud y fortaleza sacerdotales de que han dado ejemplo.

140. Bendición a todos los sacerdotes. Sea prenda de las gracias divinas ⁷⁰² y testimonio de Nuestra paternal benevolencia la Bendición Apostólica, que de todo corazón damos a todos y a cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, y a todo vuestro clero.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 23 de Septiembre del gran Año Jubilar, 1950, de Nuestro Pontificado el XIIº.

PIO PAPA XII.

(100) Efes. 5, 18-19.

(101) Efes. 6, 18.